



Recibir la vida como viene

Innovación Social:
Acompañamiento
de personas vulnerables

Recibir la vida como viene

Innovación Social:
Acompañamiento
de personas vulnerables



**“Recibir la vida como viene”,
una estrategia de innovación social para el
acompañamiento de poblaciones vulnerables**

Depósito Legal:
DC2021000669

ISBN:
978-980-422-226-9

Editor
CAF

Autor
Javier Martin Cavanna

Coordinación institucional
Ana Mercedes Botero

Imagen de portada
Proyectando paz, 2002
Ernesto Pablo Pesce

Diseño y diagramación:
Good, Comunicación para el Desarrollo Sostenible

Las ideas y planteamientos contenidos en la presente edición son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen la posición oficial de CAF.

Esta publicación de Innovación Social
y otras más se encuentra en: scioteca.caf.com

© 2021 Corporación Andina de Fomento
Todos los derechos reservados

Índice

04	Prólogo
06	Introducción
10	Cuerpo a Cuerpo
12	Una ciudad fracturada
14	Los curas villeros
18	Un amigo muy especial
20	¿Qué son los Centros Barriales?
22	La ruta del guiso
24	Empujando el carrito
25	Médico a domicilio
29	Innovación social CAF
30	Inventariar el conocimiento
31	La carpa de Constitución
38	Sentados alrededor de la mesa
41	Paula, una niña normal
44	Ampliando la mirada en las métricas de medición
46	Un secretario con medio cerebro
52	Madres y voluntarias
55	Casa Masantonio
58	Alguien que siempre te está esperando
65	Elementos del modelo de Innovación Social
72	Recomendaciones
79	El camino recorrido
85	Glosario

Prólogo

Cuando conocí al padre Charly, ya hace cuatro años, realizaba desde el 2008, bajo el liderazgo de los “Curas Villeros” y con el apoyo del -en aquél entonces- Arzobispo de Buenos Aires y Cardenal Primado de la Argentina, Jorge Bergoglio, una labor barrial de asistencia a jóvenes adictos. En ese primer encuentro, me explicó cómo Cáritas Argentina, de la mano de la Federación de Centros Barriales Familia Grande Hogar de Cristo - organización que agrupa a 42 Centros Barriales-, llevan adelante una estrategia de abordaje múltiple para acercar, contener y acompañar a personas adictas al *paco* y a otras drogas, en situación de marginación y exclusión social. Pero ya en el territorio me impactó ver cómo su labor iba mucho más allá de la problemática de la adicción; en verdad, lo que hacían y lo que hacen- a partir de una visión realista de la Iglesia Católica con enfoque antropológico-, es atender y acompañar de manera integral y permanente a quienes se encuentran excluidos y olvidados por la sociedad, un proceso paciente, de acercamiento, acompañamiento y afecto.

¿Cuál es la mejor manera de asistir, aconsejar y contener a una persona que vive en condiciones de pobreza extrema, en situación de calle, en un barrio marginado en el que las condiciones de sanidad son paupérrimas, que tiene una adicción fuerte a una droga que mata como el “*paco*”, y que tiene una enfermedad infecto contagiosa, como la tuberculosis? Éste es el tipo de situaciones que abordan los Centros Barriales; situaciones no abordadas de forma integral por ninguna organización pública ni privada; en realidad, se trata de servir a los demás, de acompañar todos los aspectos de la vida de la persona, de manera única y extraordinariamente innovadora. Su trabajo es un recordatorio vivo y elocuente de lo que las instancias burocráticas no pueden proporcionar y que es lo que el hombre más anhela: una verdadera atención personal. La presencia de la Iglesia donde nadie va, un testimonio real de que cada ser humano, cada alma, tiene un valor único e incalculable.

¡Es admirable la labor de los curas villeros! Son actores sociales, agentes de cambio que, en silencio, con humildad y amor, rectitud, perseverancia y disciplina “acogen la vida como viene” y logran manejar y solucionar, de forma efectiva, eficiente y sin la presión del corto plazo, problemáticas sociales de altísima complejidad en poblaciones en extrema pobreza. Por si fuera poco, le ahorran al Estado un gasto importante en temas de seguridad y salud.

Esta “manera de hacer las cosas” ha encontrado mucho eco en la comunidad, generando además una demanda por más centros barriales, lo cual se dificulta dado que la experiencia avanza sin un plan preconcebido. Justamente, fue por esta razón, que decidimos involucrarnos en un esfuerzo de investigación, divulgación y seguimiento de los centros, para hacer explícitos los conocimientos generados de manera implícita, conocimientos nuevos y prácticos, insumo fundamental para replicar y transmitir la estrategia de abordaje integral que utilizan.

No ha sido una tarea fácil. La dinámica de los centros no responde a un proceso estandarizado, por el contrario, es flexible por excelencia, acomodándose a las necesidades que surgen en lo cotidiano, conscientes de que cada una de las personas adictas requiere de una respuesta única que atienda toda la problemática social por la que atraviesa.

Esta publicación intenta describir esa “forma distinta” de aproximación a una realidad de abandono y exclusión, de registrar ese trabajo silencioso que se desarrolla en los centros barriales y las múltiples tareas que realizan. Esperamos que sirva de referente para que otras entidades se sumen a estos esfuerzos y sea testimonio vivo para que todos, sea cual fuere, el rol que cumplamos, aportemos a la construcción de sociedades más justas y más humanas.

Ana Mercedes Botero
Directora de Innovación Social
CAF - Banco de desarrollo
de América Latina



INTRODUCCIÓN

Escribo esta introducción a mediados de Agosto de 2020, cuando desde el Ministerio de Salud nos informan que probablemente estemos atravesando el pico de contagios de la pandemia. Y debo confesar que al leer el texto de Javier, que por cierto está muy bien escrito, me asombra que la vida de nuestra Familia Grande del Hogar de Cristo fuera hace tan poco, tan distinta. Al mirarnos en este espejo de nuestro pasado reciente pero a la vez lejano, no puedo dejar de compartir algunas reflexiones sobre lo que permanece, paradójicamente en este tiempo en el que todo ha cambiado.

En efecto, los centros barriales del Hogar de Cristo hoy no son lo que eran cuando hace pocos meses nos visitó Javier. Ni mejores ni peores, son distintos. La pandemia llegó de la noche a la mañana, y las prácticas de casi todos esos centros se acomodaron a la nueva situación. Algunos de ellos se convirtieron en paradores, espacios de nocturnidad, hogares, o refugios. Otros fueron el corazón de la organización de las villas y asentamientos, convocando a quienes hasta hace poco estaban viviendo en calle o haciendo tratamiento por consumo de drogas, a conformar una red de cuidados. Comprendiendo que la crisis sanitaria nos llevaría en muy poco tiempo a una crisis económica particularmente dura para los sectores populares, y que este virus se cobra las víctimas mortales fundamentalmente entre las personas mayores o con factores de riesgo, esta red recibe los alimentos del gobierno, cocina y le lleva diariamente la comida a la casa a este sector de la población de nuestros barrios, para que no tengan necesidad de salir y exponerse al virus por ningún motivo. Solo en la villa 21-24 esta red está cuidando a más de 1500 abuelas y abuelos.

Pero si alguien se pregunta qué fue lo que permitió la rápida transformación de estos espacios y su adecuación a la nueva realidad, le sugiero que siga leyendo porque sin lugar a dudas va a encontrar la respuesta en

este texto. Javier señala maravillosamente que los centros barriales del Hogar de Cristo no siguen un modelo, que en su lugar tienen principios rectores. Nosotros preferimos hablar de un método, que no es otra cosa que modo de vincularse con la realidad, para leerla y responder. Solemos decir que nuestro método es “Recibir la vida como viene”.

Este punto es para nosotros particularmente importante, ya que a menudo desde nuestras villas y barrios populares vemos naufragar uno tras otros los programas enlatados que descienden de los gobiernos y de otras organizaciones que no tienen arraigo en la comunidad. La inadecuación que vislumbramos en ellos suele tener que ver con la fragmentación, que es epistemológica y administrativa. Pero la fragmentación que señalamos es la que permite alcanzar a su vez la especificidad necesaria de esas respuestas.

Hace falta entonces la mirada integral y flexible propia del que está cerca y ama, tanto como la respuesta específica surgida del músculo gubernamental. Y hace falta, mucha falta el encuentro entre las respuestas integrales, ascendentes de las comunidades con las específicas descendentes del estado. Latinoamérica necesita entonces ese encuentro entre Estados presentes y comunidades organizadas. Porque la marginalidad en nuestra región es grande, y con ella las dificultades para la integración de esta inmensa multitud de descartados. La descripción que hace Javier de la gente en calle, de los privados de la libertad, de la población trans, de quienes padecen la infección por VIH, de las y los usuarios de drogas bien podría encajar en cualquiera de los países de la región. Y los programas de los gobiernos pueden adaptarse y replicarse relativamente rápido. ¿Pero cómo escalar la respuesta de la comunidad? ¿Cómo hacer que en distintas geografías, con distintos contextos y diversas culturas las comunidades del territorio se organicen en el cuidado?

Humildemente, afirmamos que la Familia Grande del Hogar de Cristo lo ha sabido hacer en el territorio nacional, desarrollando en 10 años unos 200 centros barriales en distintas provincias, contextos y culturas, desde la población indígena Wichi o Mapuche hasta las villas de la ciudad, desde los pequeños pueblos de la provincia hasta las plazas más céntricas de Buenos Aires. Inculcando una mirada y unos principios, contagiando y adaptando prácticas, sembrando inquietud. Porque de la misma manera que el coronavirus se contagia cuando estamos juntos, también la mirada,

las prácticas, el entusiasmo. Y en el Hogar de Cristo la propuesta es que estemos juntos, de manera real o virtual, que seamos familia.

Agradecemos de corazón a Ana Mercedes y a Javier, y en ellos a toda la CAF, que ha puesto su mirada en nosotros, ha sistematizado estas prácticas para que sean transferibles y las han volcado en este texto, que más que un libro esperamos sea una semilla.

Padre Carlos F. Olivero

Secretario Federación
de Centros Barriales
Familia Grande Hogar de Cristo



CUERPO A CUERPO

Desde la terraza del spa de la torre *Le Parc* en Palermo Chico, situada en el piso 43, se divisa la mejor panorámica de la ciudad de Buenos Aires. Hacia el este, colindando con el mar de la Plata, se distingue el Aeropuerto Jorge Newberry, el único aeropuerto dentro de los límites de la ciudad de Buenos Aires que concentra el tráfico nacional y regional. Cuando el día está despejado se aprecia perfectamente en el horizonte la costa de Uruguay.

Si dirigimos la mirada hacia el norte distinguiremos el Cuartel de la Policía Montada de Buenos Aires. A una cuadra el jardín japonés. Al detener la mirada descubriremos una mancha roja, es el puente rojo que conecta con la isleta en medio del lago.

Hacia el oeste se encuentran el Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo Nacional de Artes Decorativas flanqueando la Avenida Figueroa. Si sabemos dirigir la mirada descubriremos a lo lejos el obelisco y la cúpula del palacio del Congreso.

En dirección sur nos tropezamos con las mansiones de Barrio Parque, una de las zonas más cotizadas de la ciudad. Es el refugio de la clase alta, de personajes del mundo del espectáculo, como la actriz y presentadora de televisión Mirta Legrand, el político Macri o el multimillonario Eduardo Constantini. Es la zona de las embajadas. Allí se encuentran las de España, Corea, Chile, Canadá, Líbano, Suiza, Italia, entre otras muchas.

Paradójicamente, a muy poca distancia se halla la Villa 31, una de las áreas más deprimidas de la capital porteña. Las casas a medio hacer, de dos o tres alturas, y la maraña de cables de electricidad reproducen la fisonomía de muchos barrios informales en las grandes urbes latinoamericanas. La pobreza y el lujo conviven codo con codo. Dos mundos vecinos, que se rozan constantemente, pero dándose la espalda. ■

Una ciudad fracturada

El proceso de urbanización en Latinoamérica no ha parado de crecer desde finales de los años 50 del siglo pasado. Entre 1950 y 2010, la población urbana de América Latina se multiplicó siete veces, incrementándose de 69 millones a 480 millones. Se estima que más del 80% de la población vive en las ciudades. El número de ciudades con más de un millón de habitantes pasó de 8 en 1950 a 56 millones en 2010. Hay cuatro ciudades en el continente que superan los diez millones de habitantes: Ciudad de México (20.555.272), Sao Paulo (19.683.975), Buenos Aires (14.988.171) y Río de Janeiro (11.835.708).

Este proceso de crecimiento no ha sido ni gradual ni orgánico. Como señala un autor, “la historia de la ciudad latinoamericana es la de una *ciudad fracturada* con una profunda división entre las villas y el resto”.¹ Según el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) más de 86 millones de hogares de América Latina se encuentran en barrios informales, sin servicios básicos ni títulos de propiedad.²

Las diferentes emigraciones a las urbes se asemejan más a las avalanchas que a las crecidas. El flujo de población fue repentino y tumultuoso. Muchos de los inmigrantes que se trasladaron del campo a la ciudad en busca de oportunidades carecían de medios para adquirir una vivienda y terminaron afincándose en aquellas áreas que no estaban ocupadas, en la mayoría de los casos sin el correspondiente respaldo legal. Lo que comenzó siendo un asentamiento provisional se fue convirtiendo con el paso del tiempo en un establecimiento definitivo.

El origen “informal” de estos asentamientos explica que careciesen, inicialmente, de los servicios públicos básicos y que su impulso haya estado marcado siempre por la lucha por lograr el reconocimiento oficial de su existencia y, por ende, del derecho a disfrutar de los servicios públicos mínimos.

1 Deneulin, S.; “Crear ciudades más justas para la vida: una combinación del derecho a la ciudad y el enfoque de las capacidades” publicado en “Las villas de la Ciudad de Buenos Aires: territorios frágiles de inclusión social”; Suárez, A. L., Mitchell, A., Lépore, E. (eds.) (2014); Buenos Aires.

2 <http://blogs.iadb.org/ciudades-sostenibles/es/prevenir-y-remediar-los-barrios-informales-en-america-latina/>

Estos asentamientos informales reciben distintas denominaciones en los países latinoamericanos (villas miseria en Argentina, favelas en Brasil, campamentos en Chile, ranchitos en Venezuela o pueblos jóvenes en Perú) pero sus habitantes comparten las mismas características: servicios básicos de salud y educación muy precarios y empleos informales y poco estables. La violencia y la droga son dos fenómenos que han golpeado de forma intensa los asentamientos informales en las dos últimas décadas.

Buenos Aires cumple con estos patrones. Entre los años 1986 y 2006 los asentamientos informales experimentaron un aumento de población del 200% frente al 35% de la población total. La ciudad cuenta actualmente con 15 villas, 2 núcleos habitacionales transitorios y 24 asentamientos. Según el Censo Nacional de Población de 2010, en las villas residen entre 170 mil y 200 mil personas, lo que representaría entre un 6% y un 10% de la población total. La mayoría de las villas están localizadas en los barrios del sur de la ciudad.

La primera que surgió fue la Villa 31, en el año 1948, en los alrededores de la estación de trenes del Retiro. Los siguientes asentamientos se concentraron en la zona del “Bañado” (o Bajo) de Flores, ubicado en el extremo sudoeste de la ciudad. Era una zona que se inundaba con frecuencia debido a las crecidas del río Matanza y del arroyo Cildáñez. En esta zona surgieron tres villas que, posteriormente, se agruparon pasando a llamarse Villa 1-11-14. Barracas es otro de los barrios con asentamientos informales importantes. En esta zona se ubican las Villas 21-24.

A finales de los años 70, como respuesta a los intentos de erradicación de las villas, sus pobladores comenzaron a organizarse para hacer frente a las presiones de desalojo y a reclamar la atención de los servicios públicos. A mediados de los 80 hay una proliferación de organizaciones, unas con carácter político y otras centradas en atender las necesidades básicas de alimentación, salud y educación. ■



Los curas villeros

Durante todo este periodo la Iglesia Católica tuvo un papel muy activo a través del “Equipo de Sacerdotes para las Villas de Emergencia”, creados por el arzobispado de Buenos Aires en 1969. En 1997 el jesuita Jorge Bergoglio fue nombrado arzobispo de Buenos Aires y una de sus principales decisiones fue potenciar el movimiento de los curas en las villas nombrando a veintidós sacerdotes en 2010 y veinticuatro en 2014 que pasaron a ser conocidos como los “curas villeros”.

Este grupo de sacerdotes se trasladó a vivir a las villas para conocer y compartir la realidad diaria de sus feligreses. Su labor silenciosa no captó el interés de los medios hasta que en el año 2010 el sacerdote José Di Paola, más conocido como el padre “Pepe”, fue amenazado de muerte por los traficantes de droga.

El padre Pepe era el coordinador del equipo de sacerdotes para las villas de emergencia, desde 2008, en la arquidiócesis de Buenos Aires, y vicario de las villas de emergencia, desde el año 2009.

Su experiencia conviviendo con los habitantes de las villas le descubrió una realidad nueva que no se correspondía con la imagen distorsionada que habitualmente transmitían los medios de comunicación identificando a las villas con gérmenes de pobreza, violencia y droga.

“Es verdad –afirmaron- que en las villas existen muchas carencias económicas y sociales, pero también abunda una riqueza espiritual y humana muy grande”. Los “curas villeros” comenzaron a alzar la voz, luchando contra los estereotipos y defendiendo la dignidad de las personas con las que diariamente convivían.

En marzo de 2009 el Equipo de Sacerdotes para las Villas de Emergencia, integrado en ese momento por diez padres, publicó un documento titulado “La droga en las villas: despenalizada de hecho”, que alcanzó una gran repercusión.

“Miles de mujeres y de hombres –expone el documento- hacen filas para viajar y trabajar honradamente, para llevar el pan de cada día a la mesa, para ahorrar e ir de a poco comprando ladrillos y así mejorar la casa (...). Miles y miles de niños con sus guardapolvos desfilan por pasillos y calles en ida y vuelta de casa a la escuela, y de esta a casa.

Mientras tanto los abuelos, quienes atesoran la sabiduría popular, se reúnen a la sombra de un árbol o de un techo de chapa a compartir un mate o un tereré y a contar anécdotas. Y al caer la tarde muchos de todas las edades se reúnen a rezar las novenas y preparar las fiestas en torno a las ermitas levantadas por la fe de los vecinos”.¹

La droga y la violencia se han cebado especialmente en las villas, pero no es cierto que sus habitantes sean los responsables de esta situación sino, más bien, sus principales víctimas.

“El problema –continúa el documento- no es la villa sino el narcotráfico. La mayoría de los que se enriquecen con el narcotráfico no viven en las villas, en estos barrios donde se corta la luz, donde una ambulancia tarda en entrar, donde es común ver cloacas rebalsadas. Otra cosa distinta es que el espacio de la villa –como zona liberada- resulte funcional a esta situación”.

Si la droga y la violencia han extendido sus poderosos tentáculos entre estas poblaciones es porque el Estado las ha dejado de la mano. No hay presencia de las fuerzas de seguridad, ni ningún organismo del Estado que

1 “La droga en las villas: despenalizada de hecho”; Mensaje de los sacerdotes para las villas de emergencia; 25 de marzo de 2009.



se preocupe de la situación de los jóvenes que consumen el *paco*.² La falta absoluta de presencia de los organismos de Estado en estos territorios ha sido el verdadero caldo de cultivo que ha permitido que la droga y el tráfico de armas de los traficantes estén legalizados de hecho en las villas.

La situación de las villas es muy similar a la de los “estados fallidos”, término con el que se denomina a aquellos estados que han perdido el control de su territorio porque son incapaces de garantizar los servicios básicos y el funcionamiento de las instituciones. Esta falta de presencia por parte del Estado es la causa de que el control sea ejercido por bandas de criminales o grupos armados desafiando la autoridad del Estado.

Las principales víctimas de esta situación son los jóvenes y sus familias que se ven desprotegidos y sin nadie a quien acudir en petición de ayuda.

“La droga –continúa el documento- se puede tener, llevar, consumir sin ser prácticamente molestado. Habitualmente ni la fuerza pública, ni ningún organismo que represente al Estado se mete en la vida de estos chicos que tienen veneno en sus manos. La destrucción pasa como un ciclón por las familias, donde la mamá perdió hasta la plancha porque

2 El término “*paco*” se emplea para denominar a la pasta base de la cocaína. El consumo se realiza través de pipas caseras (que pueden ser latas agujereadas, antenas de televisión o tubos de aluminio), donde se mezcla el producto con viruta de metal y ceniza de cigarrillo de tabaco o lana de acero a modo de filtro. El riesgo para la salud es mucho más alto por residuos de disolventes y otras sustancias nocivas que contiene. Es muy común entre los sectores más pobres por su bajo costo y fácil adquisición en las calles.

su hijo la vendió para comprar droga. Estas familias deambularon por distintas oficinas del Estado sin encontrar demasiadas soluciones año a año. Toda la familia queda golpeada porque su hijo está todo el día en la calle consumiendo. Asombra ver como ese niño que fue al catecismo, que jugaba muy bien en el fútbol dominiguero, hoy “está perdido”. Causa un profundo dolor ver que esa niña que iba a la escuela hoy se prostituye para fumar *paco*”.

El documento firmado por los diez sacerdotes termina poniendo “bajo la protección y el cuidado de la Virgen de Luján, Madre de nuestro Pueblo, a las familias que en nuestros barrios sufren el flagelo de la droga”.

La respuesta de los narcotraficantes a esta publicación no se hizo esperar y un día, mientras el padre Pepe paseaba por la Villa 21 en bicicleta y se dirigía a su parroquia de Caacupé, le abordó un sicario: “Déjate de joder o vas a ser boleta”.

El sacerdote no se dejó intimidar y denunció a los medios la amenaza que había recibido, circunstancia que permitió dar a conocer el trabajo silencioso que venían realizando estos sacerdotes en las villas. ■

Un amigo muy especial

El padre Pepe recibió al día siguiente una visita inesperada. Cuando se encontraba en su parroquia vio venir por el camino de tierra del barrio de Barracas a un sacerdote caminando solo. Cuando estuvo más cerca reconoció al cardenal Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires.- Pero ¿Qué hace aquí? - le preguntó sorprendido y preocupado.

- Vine a saludarlo- le contestó el cardenal.

El trabajo y la actividad de los curas villeros están íntimamente unidos a la persona y las enseñanzas del Papa Francisco. El Papa es un enamorado del trabajo en las villas y su principal impulsor.

En cuanto encontraba un hueco en su agenda tomaba el colectivo público y se escapaba a una de las villas para animar a los sacerdotes, celebrar la misa, bautizar o confirmar. Muchos habitantes de las villas conservan como oro en paño algunas fotografías con él o recuerdan orgullosos: “Tomó mate en mi casa. No era infrecuente tropezarse con él por las calles sin asfaltar de la Villa 31, en el Retiro o en la Villa 21.

Fue en esta última donde, por vez primera vez, en la misa Crismal del Jueves Santo de 2008 -invitado por el padre Pepe, el padre Charly y el padre Juan-, imitando el gesto de Jesús, lavó los pies a unos pibes que consumían *paco* y frecuentaban el centro barrial Hurtado, una iniciativa impulsada por la parroquia para atender a los jóvenes adictos.

Para el padre Gustavo Carrara, uno de los curas que asistió a esa misa y actualmente obispo auxiliar de Buenos Aires¹, ese día nació simbólicamente lo que unos años más tarde sería bautizado como el Hogar de Cristo.

Fue en esa ocasión cuando Bergoglio, mirando a los asistentes y los sacerdotes, les animó a continuar su trabajo con una frase que les serviría de inspiración en el futuro: “Hay que recibir la vida como viene y hay que acompañarla cuerpo a cuerpo”².

1 El 16 de diciembre el padre Gustavo Oscar Carrara, fue ordenado obispo auxiliar de Buenos Aires. Antes de su ordenación como obispo fue el vicario episcopal para las Villas de emergencia y párroco de la parroquia Santa María Madre del Pueblo, ubicada en la Villa 1-11-14.

2 “Itinerario”. Tomo I. Mirada y espiritualidad; Edit. Santa María, Buenos Aires, 2018.

En realidad, gran parte de las líneas maestras que marcan el pontificado del Papa Francisco adquieren sentido y relieve cuando se leen a la luz de su experiencia pastoral en las villas de Buenos Aires. Su insistencia en una Iglesia llamada a salir de sí misma para acudir a las periferias, “donde hay sufrimiento, ceguera y esclavitud”; la necesidad de abrazar la vida como viene, “con sus fragilidades y pequeñeces, dando la bienvenida a todo lo que no es perfecto, a todo lo que no es puro ni destilado, pero no por eso es menos digno de amor”³; su pastoral “cuerpo a cuerpo”, lo que significa, sobre todo, “acompañar, respetando los tiempos, para hacer madurar las conciencias, para curar heridas, para enseñar”⁴.

En su primer documento, la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, ya elegido Papa, desarrollará con más detalle algunos de los principios orientadores del trabajo pastoral en las villas. Probablemente uno de los más conocidos sea el concepto de “primerear”. Un neologismo con el que invita a la Iglesia a “adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos (...)

¡Atrevámonos un poco más a *primerear!*”⁵. ■

3 Discurso del Papa Francisco en la Vigilia con los jóvenes. XXXIV Jornada Mundial de la Juventud; 26 de enero de 2019, Panamá.

4 Sínodo de los Obispos. Documento Final del Papa Francisco. “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”; 27 de octubre de 2018.

5 Primerear, salir al encuentro de los excluidos sin esperar sentados a que llamen a nuestra puerta. Tomando el ejemplo del buen pastor que va en busca de la oveja pérdida, los curas villeros comenzaron a recorrer las calles y “pasillos” de las villas en busca de los adictos al *paco*.



Centro Barrial Puertas Abiertas - La Plata

¿QUÉ SON LOS CENTROS BARRIALES?

Los Centros Barriales del Hogar de Cristo a primera vista son como cualquier otra dependencia, pública o privada, que presta servicios sociales a los colectivos vulnerables. Los centros son sedes localizadas en cada una de las diferentes villas que se crearon para dar una respuesta integral a las situaciones de vulnerabilidad social y ayudar a las personas que consumen drogas.

A diferencia de los modelos de servicios públicos, cuyo funcionamiento está estandarizado y responde a un esquema cerrado de prestación de servicios, los Centros Barriales son muy flexibles y sus servicios se adaptan a la realidad cambiante y compleja de la población vulnerable. Desde los centros se coordinan los diferentes servicios y dispositivos de ayuda: alojamiento, comida, higiene, educación, salud, etc.

Si uno quiere encontrar elementos comunes en los Centros Barriales no debe enfocarse en las actividades sino en los principios, pues cada centro responde al contexto particular en el que está encuadrado y, por lo tanto, no todos siguen el mismo esquema.

Una de las características más notables del modelo es, precisamente, la enorme heterogeneidad de los centros. No hay ninguno



Actividad de Misión en CB Puertas Abiertas

igual, cada uno de ellos va respondiendo a las necesidades conforme se van planteando.

Esa capacidad de adaptación que tienen los Centros Barriales para atender con flexibilidad a las necesidades de cada persona, les ha hecho tremendamente eficaces. Lo más paradójico es que esos resultados los han conseguido aplicando una lógica contraria a los sistemas tradicionales de prestación de servicios sociales.



Día del Niño en comunidad Fraga, CB Angelelli



La ruta del guiso

Es lunes por la noche y nos reunimos en una de las casas dependientes del Centro Barrial Hurtado, en la Villa 21, perteneciente a la Familia Grande del Hogar de Cristo, una organización de la Iglesia Católica en Argentina que agrupa a todos los Centros Barriales de las villas del país. El sacerdote Carlos Olivera, párroco de la Iglesia de la Virgen de los Milagros de Caacupé localizada en esta villa, más conocido como el padre Charly, es el responsable y principal dinamizador de las actividades en esta comunidad. Como todos los lunes, esta noche un grupo de voluntarios saldrá a recorrer la villa para dar de cenar a los pibes de la calle.

La Villa 21 es la villa más grande y con más población de la capital de Buenos Aires. Cincuenta mil personas viven actualmente en esta zona de la ciudad. La mayoría de ellas proceden originariamente de Paraguay y Bolivia de donde emigraron a mediados del siglo pasado en busca de un mejor futuro.

- Acá me envió Bergoglio en el año 2002 para atender a esta comunidad- recuerda el padre Charly.

En la casa no seremos más de veinte personas. Al echar una mirada a mí alrededor no puedo evitar el pensamiento de que formamos un grupo muy peculiar. Por una parte, los voluntarios y voluntarias del Hogar de

Cristo: universitarias, profesionales y algún jubilado. La mayoría vive fuera de la villa y viene a echar una mano todos los lunes, respondiendo a la llamada del padre Charly. El otro grupo, también voluntario, está integrado por antiguos pibes de la calle adictos al *paco* que han conseguido reintegrarse o están en camino de conseguirlo.

En este grupo destaca sobre los demás un muchacho moreno, de unos cuarenta años de edad, al que llaman Maxi. Aunque no para de “hacer bulla”, pues todavía se encuentra bajo los efectos de la bebida, no ha querido faltar a la cita de los lunes. Todos se saludan con un beso.

El padre Charly nos hace un ademán y rápidamente formamos un corro en torno a él y comienza una breve tertulia en la que se dan noticias de la labor.

Papito y Ron, otros dos antiguos pibes de la calle, cuentan que acaban de regresar de una misión en la que habían ido a prestar ayuda a otro centro barrial.

Antes de salir a recorrer las calles, el padre Charly, como es habitual, dirige una oración y nos invita a unirnos con nuestras peticiones. Rosa pide por todas las personas que se encuentran en situación de calle y el padre aprovecha para pedirnos que recemos por Eduardo al que acaba de dar la extremaunción en el hospital... “Sí, para que no sufra” –comenta alguien en voz alta.

“Para que no sufra, pero, sobre todo, para que muera en paz” –matiza el padre Charly.

El padre añade que hoy quiere dar gracias por varios motivos: “Por los frutos de la misión de Papito y Ron, por el grupo que está hoy reunido y -mirándome a los ojos, agrega- por Javier, que es un periodista, que viene de España y hoy nos va a acompañar”. Terminamos con la lectura de un pasaje del evangelio, que el padre comenta brevemente, y con el rezo del Padrenuestro. ■

Empujando el carrito

Como si se hubiese dado el disparo de salida, todos se ponen manos a la obra. De una habitación situada al fondo salen por parejas portando unas cacerolas de aluminio de veinte litros llenas de un guiso. “¿Qué tiene?”- pregunto. “Pues, tiene arroz, carne, cebolla, tomate. Es muy sabroso”, me contesta, sonriendo, Patricia.

Las cacerolas se introducen en unas cubetas que se transportan en un carrito. Junto al carrito cuelgan unas bolsas que contienen unas bandejas de plástico que se usan para repartir las raciones del guiso. La otra bolsa está llena de unos cartones de unos diez por veinte centímetros. “¿Para qué es esto?”- me intereso. “Para que apoyen la bandeja en el cartón y no se quemem, pues el guiso está muy caliente”. El guiso se acompaña de un refresco y una rebanada de pan.

El padre nos divide en tres grupos, cada uno de los cuales seguirá un itinerario distinto. “Javier -me indica- tu acompañarás al grupo de Papito”. Papito me saluda con un fuerte apretón de mano y me presenta a un joven de unos veinte años alto y fornido. “Este es Matías, él se ocupará de ti”. Le saludo y nos ponemos en marcha. Nuestro grupo está formado por diez personas; Gustavo, un magistrado, al que acompaña su mujer y dos de sus hijas. Papito y Maxi, su hermano, que no para de moverse de un lado a otro; Patricia, voluntaria de Cáritas; Ron y Matías, antiguos “paqueros”, que han comenzado el camino de recuperación, y Francisco, amigo de la infancia del padre Charly que, actualmente, trabaja en un organismo nacional de servicios sociales.

Nos ponemos en movimiento, empujando el carrito y al llegar a la esquina de un cruce alguien del grupo grita un nombre. “¡Fabio!” A lo lejos distingo arrastrándose por el asfalto a un hombre. Ron sale corriendo con una bandeja, le saluda y se la entrega, mientras Rosa le acerca un vaso con el refresco. ■



Médico a domicilio

Tras atender a Fabio, reiniciamos nuestro recorrido empujando el carrito cuesta arriba. Al cabo de unos minutos se incorpora al grupo Jorge Poliak, un médico reumatólogo del Hospital de Penna, ya jubilado. Jorge me explica que colabora con el Hogar desde hace años. Mientras el resto de los voluntarios dan de comer a los pibes, él se acerca a ellos y les pide que escupan en unos frasquitos de plástico que luego analiza en el laboratorio para comprobar si tienen tuberculosis.

-La única manera de tratar a esta población es ir a su encuentro, pues los adictos al *paco* que viven en situación de calle no se acercan al centro médico. Hay que ir donde ellos conviven, sin esperar que llamen a la puerta- explica Jorge.

El doctor me cuenta que la costumbre de recoger muestras directamente de la calle se originó cuando las personas del Hogar de Cristo, que estaban en contacto diario con los pibes de la calle, advirtieron que muchos de ellos estaban afectados por la tuberculosis. El procedimiento previsto por los servicios de salud pública era completamente ineficaz.

-Llevaban a los pibes al Hospital Muñiz, el más cercano, pero el protocolo oficial para los afectados por esta enfermedad requiere un periodo

de internación y luego seguir un tratamiento de toma de dosis bastante exigente. Pero se trata de un procedimiento absurdo, pues los usuarios del *paco* no siguen rutina alguna. Cada jornada es una batalla contra la abstinencia. Puede que acudan algún día aislado a por su toma, pero al siguiente te los encuentras tirados en una esquina noqueados por la droga.

Al principio, los servicios de salud no aceptaban que se les llevase el medicamento a las “ranchadas”, que es donde se reúnen los que consumen el *paco*, porque iba contra el procedimiento establecido, pero con el tiempo y a la vista de los resultados han terminado aceptando con entusiasmos la colaboración de los voluntarios del Hogar de Cristo.

El carro se detiene para atender a dos más. El grupo los conoce por el nombre, ya sabe dónde localizarlos.

Patricia y Ron dejan un par de bandejas junto a un habitáculo hecho de cartón y plástico en el que no hay nadie, pero, me explican, “ya regresará, está haciendo la calle y aguarda su bandeja”.

Un poco más adelante encontramos un colchón de goma espuma en el que con dificultad se adivina un cuerpo envuelto en varias mantas sucias y desvaídas; un improvisado toldo, hecho de plástico y algunos tabloncillos de madera suelta, cumple las funciones de un techo para protegerse de la lluvia. Un cuerpecito de mujer, escuálido y tembloroso, extiende las manos para tomar la bandeja y nos pide otra para un compañero que se encuentra haciendo la “ronda”. Marcos me comenta que suele ser habitual que soliciten una bandeja para su compañero o compañera. La gente “en situación de calle” tiene fuertes vínculos de solidaridad entre ellos. Jorge se acerca a la mujer, le toma la mano y le muestra el frasquito de plástico. Le explica que está tomado muestras para detectar si tiene alguna enfermedad y que para obtenerla necesita que escupa en el frasquito. Pero ella apenas tiene fuerza y, somnolienta, se cubre de nuevo con las mantas para seguir su duermevela.

Nuestra ruta nos conduce ahora a un grupo numeroso que se encuentra reunido en la Calle Cruz, junto a un altarcito improvisado al Gauchito Gil, un personaje que forma parte del santoral profano objeto de gran devoción en Argentina, especialmente entre las clases populares. Su origen histórico es confuso, al parecer fue un gaucho, ajusticiado injustamente, que protegió a los pobres, una suerte de Robín Hood. Los *paqueros* se

juntan en este lugar para pedirle protección. Matías me comenta que él tiene gran devoción al Gauchito Gil, “me hizo grandes favores cuando estaba en la calle”, y que llegó a peregrinar a su tumba en Mercedes, ciudad localizada en la provincia de Corrientes.

Como quiera que sea el pequeño santuario del Gauchito Gil se ha convertido en un punto de encuentro de los pibes de la calle. En apenas unos segundos el carrito se encuentra rodeado por media docena de “clientes” que solicitan impacientes su ración de guiso y refresco, formándose, como si de un establecimiento normal se tratase, una cola de consumidores en espera de su turno. La mayoría pide más de una bandeja para compartir con algún compañero y, poco a poco, el nivel de la cacerola va descendiendo.

Patricia se ofrece a acompañar a un *paquero* a su habitáculo, ayudándole a cargar con las bandejas y Matías con un gesto le desanima enseguida: “No vayas, no es seguro”.

Caigo en la cuenta que ir acompañados de personas como Matías, Papito, Maxi y Ron, antiguos adictos al *paco* que han conseguido o están en camino de desengancharse, cumple un doble objetivo. Por una parte, como me explicó el padre Charly, “no sirve de nada dejar el *paco* si no ofreces a los pibes un plan que ordene y dé sentido a su vida, y la mejor terapia es ocuparse de los demás. Si los pibes no ven una alternativa a su vida, vuelven a reincidir en sus malos hábitos. Es preciso acompañarles a lo largo de todo su camino, que será largo y lleno de obstáculos”. El hecho de que ellos nos acompañen también constituye un ejemplo vivo a todos los pibes, una prueba de que se puede salir de la adicción. Pero, además, ir escoltados por ellos nos permite acercarnos con más seguridad y confianza a los que se encuentran “en situación de calle”. Ellos conocen los códigos y costumbres de esta vida tan dura. Han sufrido la soledad, el frío, el hambre y la violencia. Tienen el cuerpo lleno de cicatrices, externas e internas, y esa carta de presentación les confiere una gran autoridad con los adictos.

Papito, el mayor del grupo, el que más horas de vuelo tiene en la calle y en la cárcel, me explica que algunos de los que acuden a la llamada del guiso, “todavía no saben lo que es la calle. No han pasado muchas noches, temblando de frío y de hambre, sin nada que echarse a la boca”. El habla

con orgullo de su situación actual. Junto con Matías, vive en una casa, atendida por un matrimonio paraguayo que colabora con el Centro Barrial el Hurtado.

La casa se compró y se puso en marcha hace años para ofrecer un hogar y acompañar a todos los que comienzan el camino de la recuperación. Matías hace tres meses que vive en la casa, y ya comenzó un oficio. “Hago buzos-chándales-, y en una semana aprenderé a hacerlos con capucha”- comenta ufano.

Son cerca de las diez y media de la noche cuando regresamos a la casa de donde partimos. Han sido dos horas empujando la bicicleta por las calles de la Villa 21 y Zabaleta. Ya no queda guiso en la cacerola. Más de cien bandejas distribuidas.

-Cada vez terminamos antes el reparto. No es que haya más pibes, es que cada vez están más enganchados por el *paco*- comenta Marisa con la preocupación reflejada en su semblante.

El padre Charly se despide de todos, alternando besos y abrazos.

-Muchas gracias. Que Dios los bendiga- nos dice

-Buenas noches padre. Hasta el próximo lunes- contestan sonriendo. ■



Taller de Huerta - CB Nazareth

INNOVACIÓN SOCIAL CAF

La Dirección de Innovación Social (DIS) de la CAF es un laboratorio que contribuye con el impulso a nuevas tendencias y la construcción de ecosistemas de innovación social en la región al tiempo de identificar, ensayar y financiar ideas, enfoques y modelos en el territorio que tienen el potencial de convertirse en soluciones útiles a problemas sociales de la región, en especial de colectivos vulnerables. En este sentido genera y captura, a través de la experimentación directa, conocimiento práctico, aprende nuevas “formas de hacer las cosas”.

La creación de la DIS obedeció a la necesidad sentida de contar con una instancia de experimentación poco costosa y flexible, que intentara responder a pequeña escala, de forma rápida y eficiente a una demanda social insatisfecha al tiempo de construir puentes con actores sociales, contribuyendo, además, a posicionar a CAF como referente de enfoques y espacios novedosos de desarrollo y responsabilidad social.

Inventariar el conocimiento

A lo largo de estos nueve años se han ido desarrollando diferentes dispositivos e iniciativas para acompañar a las personas más vulnerables en el camino de la recuperación. La conveniencia de recoger toda esta rica experiencia impulsó a la Dirección de Innovación Social de CAF-Banco de Desarrollo de América Latina a llevar a cabo un proyecto con Cáritas Argentina que permitiese sistematizar los conocimientos que se han venido generando para así poder transmitirlos y tener garantías razonables de calidad en los procesos a implementar en el futuro. Igualmente, esta sistematización, a concretarse en una Escuela de Formación de Centros Barriales, contribuiría a responder a una demanda creciente por parte de varias provincias del país y así llegar a más y diferentes poblaciones y núcleos urbanos del país.

Efectivamente en el mes de julio del 2017, la CAF, a través de su Dirección de Innovación Social, se asoció con el consorcio que reúne a la Federación de Centros Barriales Familia Grande Hogar de Cristo, Cáritas Argentina y la Pastoral de Adicciones y Droga-dependencia, para impulsar la construcción de dicha Escuela. Esta Escuela contempla varias dinámicas, entre las cuales vale la pena destacar, la formación de líderes comunitarios, la generación de espacios de reflexión y discusión en torno a las prácticas de los centros barriales, el impulso a la investigación en materia de adicciones en situación de vulnerabilidad social y estrategias para su abordaje, así como la creación de más centros barriales y/o dispositivos de inclusión y participación comunitaria.

Como señala Ana Mercedes Botero, Directora de la Dirección de Innovación Social: “La investigación sobre problemas que emergen de la complejísima combinación entre la adicción y la exclusión representa un conocimiento nuevo y práctico de gran utilidad para muchos actores, particularmente para los hacedores de política pública, con el potencial de replicar y ampliar a otros territorios. Se trata de una experiencia basada más en principios inspiradores de actuación que en procesos y servicios sistematizados”. ■



Taller de Herrería - Centro Barrial Nazareth

La carpa de Constitución

Sofía Serú y Pablo Vidal, miembros del equipo líder del Hogar de Cristo, me aclaran que la primera actividad de *primereo*, como denominan en el Hogar a la actividad de salir al encuentro de las personas que consumen *paco*, no comenzó en las villas sino en un barrio de la ciudad de Buenos Aires.

En el año 2013 un grupo de laicos voluntarios, que colaboraban con el Hogar de Cristo a través del Centro Barrial Negro Manuel, decidieron montar una carpa en el parque de la Plaza Constitución para repartir mate cocido y un poco de pan a los adictos en situación de calle.

-La Plaza Constitución –me explica Sofía- es un punto de agrupamiento del cono urbano donde la gente viene y se queda. Hay mucho problema de droga y prostitución. Es una zona de tránsito, donde está localizada la estación de colectivos y por la noche se convierte en un sitio de trata y venta de droga. No es una villa, es un barrio normal, pero está atravesado por los mismos problemas.

La plaza se ha convertido en un lugar simbólico desde que el cardenal Bergoglio ofició una misa el 23 de septiembre de 2008, coincidiendo con el “Día Internacional contra la explotación sexual y la trata de personas”.

Desde entonces todos los años se celebra una misa en ese lugar en solidaridad con los excluidos y las víctimas de tráfico y trata de personas presidida por el arzobispo de Buenos Aires.

El Centro Barrial Negro Manuel se encuentra en la calle Ambrosio Olmos, a unas cuadras de la Plaza de Constitución frente a la parroquia de Santa Elisa. El taxi me deja frente a un edificio con una puerta de metal que coincide con el número que me han indicado. Pulso el timbre y no espero mucho hasta que una persona de mediana edad y tez morena abre la puerta.

-¿Cómo estás? Me llamo Fernando. Te estábamos esperando. Sígueme, por favor- me indica.

Unas escaleras empinadas conducen a un primer piso y en el descansillo se encuentra Cristina Vivas, la responsable del centro, que me saluda con un beso. Junto al hall distingo, presidiendo la entrada, una imagen de la Virgen de Luján y junto a ella a una persona de color.

-¿Quién es?- pregunto señalándolo.

-Ese es el negro Manuel, que da nombre a este centro- me responde Cristina.

-¿Y quién es el negro Manuel?

-El negro Manuel fue un esclavo, llamado Manuel Costa de los Ríos, que trabajaba en una hacienda cercana a Luján y cuya vida está asociada a la devoción de la Virgen de Luján. La tradición cuenta que la imagen fue comprada por un hacendado y cuando la trasladaban en una carreta de bueyes estos se detuvieron y se negaron a continuar el camino. Por más que intentaron que los bueyes volvieran a caminar no lo consiguieron. Entonces el negro Manuel, que se encontraba allí, les comentó que era una señal de la Virgen para indicar que deseaba quedarse en ese lugar y les explicó que hasta que no bajasen a la Virgen de la carreta los bueyes no se moverían. Así fue y la Virgen se quedó en ese lugar. Los lugareños le levantaron en una capillita que con el tiempo se convertiría en el santuario de la Virgen de Luján. A partir de ese momento Manuel se dedicó a servir a la Virgen y a los numerosos peregrinos que comenzaron a acudir a la capillita para visitar y pedir a la “Virgen gaucha”. Estamos muy contentos porque el pasado mes de agosto la Congregación para las Causas

de los Santos inició la causa de beatificación del “negro Manuel”, primer custodio de la imagen de Nuestra Señora de Luján, patrona de Argentina— comenta sonriendo Cristina.

Nos dirigimos a la cocina donde están preparando el “mate cocido”, una infusión de mate que se elabora llenando una bolsa de esparto llena de mate e introduciéndola en una hoya hirviendo y endulzándolo un poco al terminar la cocción.

Cuando termina la operación vuelcan el mate en tres grandes termos azules.

A las 9.00 llega Juan, acompañado de Pablo y Fernando. Juan es un “referente”, es decir una persona que ha logrado superar el consumo y recomponer su vida y ahora está trabajando en el equipo del Hogar de Cristo. Pablo y Fernando están recién comenzando el camino de la recuperación. Empezaron a ir por un centro barrial y ahora están viviendo en una “granja”, una casa fuera de la ciudad donde inician una etapa de internamiento intenso para recuperarse.

Los tres cargan con unas bolsas grandes llenas de pan y vasos de plástico. Entre todos agarramos los termos de mate y la comida y nos dirigimos a la parroquia cercana a recoger el carrito.

El carrito tiene dos grandes ruedas que soportan un arcón donde amontonamos el material. La parte superior del carrito está presidida por una imagen de la Virgen de Luján. Antes de comenzar la caminata hacia el parque de Constitución, nos damos la mano haciendo un corro y cada uno formula sus peticiones a la Virgen. El “ritual” termina con el rezo de un Padrenuestro, un Avemaría y un gran aplauso.

Fernando y Juan se van turnando empujando el carrito que avanza lentamente por la calle. De cuando en cuando saludan a algún conocido. Se nota que el paseo con el carrito forma ya parte del paisaje habitual del barrio. A medio camino nos encontramos con Celia, una adicta que acude habitualmente por el centro. Cristina se acerca a hablar con ella, al notar que está un poco agitada por efecto de la droga.

Antes de llegar al parque hacemos una breve parada en un local para recoger el material de la carpa: una estructura de metal desplegable con un toldo, cuatro sillas de plástico y un par de mesas. Rápidamente aco-

modamos el material en el carrito y nos dirigimos al parque de la Plaza de la Constitución, a una zona que se encuentra frente a la estación de colectivo, y dando la espalda a la Iglesia del Inmaculado corazón de María.

Cuando llegamos a la zona donde se levanta la carpa ya hay un grupo esperando. Juan, Fernando y Pablo se apresuran a montar la carpa, colocar las mesas y desplegar los termos y una bandeja de pan con membrillo e inmediatamente se organiza una fila.

Todos van pasando de manera ordenada a recibir su ración de mate y un trozo de pan con membrillo. Cristina y Juan les saludan por sus nombres y con cada uno tienen una palabra, un de saludo, un gesto: “¿Cómo andas?”, “¿Qué tal te va?”, “¿Todo bien?”, “Te esperamos para almorzar en el centro”. Muchos se acercan a tocar o besar la imagen de la Virgen.

-La carpa –me aclara Cristina- es un punto de encuentro donde se les escucha y se les deriva. Se trata de crear un primer vínculo para invitarlos después al centro barrial. Es lo que denominamos el “primer umbral”, pues se trata del primer contacto. Todos los días pasan entre 75 y 100 personas por el centro barrial. Mientras tomo un vaso de mate cocido se me acerca alguien, me abraza y me besa en la mejilla. Sonríe y se presenta.

-Soy Emiliano.

-Javier- le contesto.

-¿Estás con el Hogar? –me pregunta

-No. He venido a hacer un reportaje sobre el trabajo del Hogar de Cristo.

-Qué bueno- responde.

-¿No tienes grabadora?- me pregunta.

Construcción de viviendas con Ecoladrillos - CB Angelelli



-Sí, pero prefiero tomar notas.

Me fijo que lleva en la mano un par de cajas de bolígrafos.

-¿Vendes bolígrafos? -le pregunto.

- Sí, soy vendedor ambulante en los colectivos. Me gano la vida así. Recorro una línea de autobús dos o tres veces al día y vendo a los pasajeros. Está prohibido, pero los conductores hacen la vista gorda y nos lo permiten. Aunque no a todos, la venta está organizada. Trabajo de 7.30 a 13.00 y de 15.00 a 19.00, siempre la misma rutina.

-¿Cuántos vendes diariamente? -le pregunto.

-Unos cien, que me dejan unos trescientos o cuatrocientos pesos después de descontar la compra de la mercancía. Cuando llega el calor vendo refrescos y helados, aunque es más costoso porque la inversión es mayor y necesitas a otro que te cuide el frízer. Aquí en Argentina la venta ambulante está permitida mientras vendas andando, no te dejan pararte a poner un tenderete. ¿En España se vende en los colectivos?

-En el autobús no, pero en el metro sí se vende mucho y, también, en los semáforos -le respondo.

-¿Tú vas por el centro barrial? -le pregunto.

-Sí. Estoy intentando salir de la droga. He dormido en la calle, pero ahora duermo en un *parador*¹ y asisto a las reuniones del centro barrial. Quiero arrancar. Yo antes trabajaba, trabajaba para una empresa de mantenimiento de buques, y también cortaba el césped. Me fue bien. Compré una casa, estaba casado y tenía dos niños, pero mi mujer se separó de mí y comenzaron los problemas, comencé a beber y perdí los clientes. Me vine a la capital y me quitaron la custodia de mis hijos. Tuve problemas con la policía.

-¿Qué te gustaría hacer en el futuro? -le pregunto.

-Me gustaría irme a Estados Unidos. Tengo hermanos allí que me dicen que vaya, pero como tengo antecedentes penales no me dan la visa, la he pedido dos veces y me la han negado.

1 Los paradores son alojamientos públicos por un tiempo determinado para personas sin hogar, con el compromiso de buscar trabajo.

Saben que si entro me voy a quedar. Me gustaría ir, pero está la cosa difícil, hay que entrar de ilegal por México y eso cuesta mucha plata.

-¿Te drogabas mucho? –pregunto.

-Sí, tomaba coca –me responde.

-Pero eso cuesta mucha plata -le digo.

-Aquí no, por 400 pesos puedes aguantar tres horas y con 1.500 pesos todo el día. Hay mucha droga. Por la noche no se puede pasear por aquí, te roban y te asaltan. Ahora han venido los dominicanos, que controlan la prostitución; y negros, del Senegal, aunque ellos laboran, se dedican a la venta ambulante. Aquí hay mucho vago que podría salir de la adicción si quisiera, pero no quieren. Hay trabajo para el que quiera. Algunos van a la parroquia para que les regalen una caja de bolígrafos y me la venden a mí. No quieren laborar, es más cómodo vendérmela a mí –me explica. Tras echar un vistazo a las cajas de bolígrafos y a la parada de autobús se despide.

-Bueno, me voy a trabajar un poco -me dice dándome la mano. Al cabo de un rato, se sienta a mi lado Fernando.

-¿Todo bien? –sonríe.

-Sí, muy bien. ¿Qué tal tú? –le pregunto.

-Bien, me gusta esto.

-¿Eres de la capital?

-No, me vine aquí de la provincia –contesta.

-¿Tienes familia?

-Sí, mis hermanos, pero no les veo.

-¿Ahora qué haces?

-Estoy en la granja y ayudo en el centro barrial. Me gusta ayudar.

-¿Cuántos años tienes? –le pregunto.

-Veintisiete.

-¿Tienes documento de identidad?

-Sí –sonríe- estoy legal.

-¿Qué te gustaría hacer cuando salgas de la granja?

-Ayudar, acompañar a los pibes –me contesta.

-Pero, ¿no te gustaría aprender un oficio?

-Sí, pero lo que más me gusta es acompañar. Ayudar a los demás, como hicieron conmigo –contesta segura.

Poco a poco la gente va desapareciendo. A mediodía apenas queda nadie y comenzamos a retirar la carpa colocando de nuevo el material sobre el carrito. Antes de partir volvemos a hacer un corro, se renuevan las peticiones y las acciones de gracias a la Virgen y concluimos la actividad con un aplauso, al igual que comenzamos. ■



Hogar Virgen del Carmen, CABA

Sentados alrededor de la mesa

La Villa 1-11-14, también llamada del Bajo Flores es una de las más pobladas de Buenos Aires. Se encuentra ubicada en el sur de la ciudad y cuenta con una población que supera las 40.000 personas. Muchos de sus habitantes son emigrantes venidos de Bolivia, Paraguay y Perú, aunque, debido a su antigüedad, también hay una población autóctona nacida en la propia villa. En la Villa 1-11- 14 se encuentra la Parroquia Santa María del Pueblo y a solo unas cuadras el centro barrial Don Bosco. Ambos forman parte del Hogar de Cristo.

A primera vista, los centros barriales no llaman la atención. No son particularmente atractivos. El centro Don Bosco podría pasar por un almacén o un taller. El edificio consta de dos plantas. La primera está ocupada por un gran patio: en un lateral se encuentran los baños y algunas habitaciones. Unas escaleras conducen al segundo piso donde están ubicadas más habitaciones que se utilizan para impartir talleres o para reuniones. La cocina, con dos neveras y una mesa llena de vasos de plásticos y cubiertos, se encuentra en la planta baja, cerca de la entrada, con una gran ventana que da al patio.

Lo primero que destaca al entrar al centro es una gran mesa colocada en medio del patio donde se están sentadas dos docenas de per-

sonas. Unos conversan, otros comen y un grupo, más alejado, juega a las cartas. Un niño con una pala de ping pong juega golpeando la pelota contra una pared.

La gran pared lateral del patio está decorada con tres grandes murales. El primero representa una escena de Don Bosco, el otro es un dibujo del arcángel San Miguel y el último una imagen de la Virgen de Luján. En la pared continua hay otro mural que representa a un grupo de personas ascendiendo a una cumbre nevada.

Verónica Palacios, la coordinadora del centro, me explica que Don Bosco comenzó hace diez años impulsado por el padre Gustavo Carrara, que fue el antiguo párroco de la villa hasta que este año fue ordenado obispo auxiliar de Buenos Aires.

Verónica está terminando la carrera de psicología social. Comenzó de voluntaria en los inicios del centro coordinando distintos grupos y al cabo de un tiempo le ofrecieron trabajo. Al principio atendía a las mamás de los chicos que consumían y luego pasó a ocuparse de los pibes.

-Al llegar al centro he visto esa gran mesa en la sala principal con gente sentada alrededor. ¿Qué hacían? -le pregunto.

-Estaban almorzando. El centro funciona como un lugar terapéutico. Hay que tener en cuenta que nos llamamos Hogar de Cristo. Somos una familia y tratamos de generar un ambiente de familia, por esa razón almorzamos juntos y después tenemos la sobremesa. Después del almuerzo y la sobremesa, tenemos los grupos terapéuticos; luego hay talleres de manualidades, espiritualidad, música, repostería, etc., y, también, para el que las necesite, charlas personales con el psicólogo, el terapeuta, el acompañante o el sacerdote. Terminamos alrededor de las 18.00 con la merienda. Cuando cerramos, cada uno regresa a su casa o la parroquia de Santa María donde hay un hogar donde pueden dormir y conviven juntos.

-¿Cuándo se considera que termina el tratamiento? -pregunto.

-En realidad, nunca. Nosotros acompañamos la vida siempre. Eso no quiere decir que no haya etapas en la vida que hay que ir cubriendo. En los dos o tres primeros meses buscamos comprobar el compromiso de cada uno. Se trata de que acepten su enfermedad y la necesidad de recibir ayuda. En este periodo se trabaja mucho la voluntad de querer re-

cuperarse. Este periodo lo llamamos primer umbral. Aquellos chicos que lo necesitan son internados en distintas comunidades terapéuticas y se les sigue atendiendo. Luego comienza la etapa de las granjas. Las granjas son lugares ubicados fuera de su entorno en donde los chicos aprenden a relacionarse y convivir con los demás, respetándose, valorándose y creando un espacio de ayuda y comprensión mutua. Allí pasan aproximadamente cuatro meses durante un periodo de tiempo dividido en dos etapas. En la primera etapa van dos o tres días a la semana. En la segunda etapa pasan un mes seguido.

-Y cuando terminan su periodo en la granja, ¿qué hacen? -

-Cuando salen de la granja comienzan un plan para mejorar sus relaciones con la familia, arreglar sus casos judiciales, armar su vivienda y comenzar un plan de vida. Esta última etapa es la más compleja porque es la de la inserción social. Algunos chicos comienzan a aprender un oficio en un centro de formación profesional, otros empiezan un emprendimiento y muchos colaboran con el Hogar acompañado a otros pibes que se encuentran en una situación similar a la que ellos estuvieron. A esos los llamamos acompañante par.

-¿Acompañante par? ¿Qué es eso? -pregunto

-Eso –sonríe- te lo explicará mucho mejor Paula -me contesta, mientras sale de la habitación para buscarla. ■

Paula, una niña normal

-Hola, me comenta Verónica que quieres hablar conmigo -me saluda con voz firme una mujer de mediana edad, mientras toma asiento.

-Sí, me gustaría que me contases que es eso de acompañante par -le respondo.

-Acompañante par es poner el corazón y ayudar a la otra persona como te ayudaron a vos. No es un título. Es mirar a la otra persona a los ojos y decirle: yo también estuve sucia, yo también estuve en el primer umbral, yo también vine enferma, yo también estuve de ese lado; y ahora me toca no juzgar, sino ayudar como hicieron conmigo, desde la escucha, desde el entendimiento, desde el abrazo. Acompañante par es decirle ¡sí se puede! Es fortalecer su fe, porque la fe es lo que te salva.

-Tú fuiste adicta, ¿qué te hizo cambiar? -pregunto.

-Hace siete años llamé a la puerta de este centro. Llegué muy devastada, física y espiritualmente. Me prostituía, tomaba *paco*, bebía y robaba para seguir consumiendo. Hacía tres años que estaba así y no veía salida. El caso es que un día, ya cansada, me tomé veinte pastillas de *lorazepam* y una botella de coñac para quitarme la vida. El suicidio no funcionó. Me agarré una colitis muy fuerte, fui al médico, me dio unas recetas y volví a las andadas. Estuve quince días de gira de un lado para otro.

-¿Cómo de gira? ¿Qué quieres decir? -le interrumpo.

-Estar de gira quiere decir, estar consumiendo sin parar durante varios días. La droga te ciega, lo único que te hace ver es que tienes que ir a robar, a prostituirte, tomar *escabio* (bebida alcohólica), estar con hombres, sacer plata y tener tu pipa cargada; esa es la vida del adicto.

-Bien, y ¿qué paso después? -.

-Cuando me recobré del suicidio mi único pensamiento fue consumir y consumir para tener una sobredosis e irme al otro lado. Salí a la calle y robé a uno, me fui debajo del puente, me tropecé con otro y le robé; me fui a Zabaleta, luego a las 14 y terminé en Soldati con un montón de droga y un montón de plata. Cuando se me terminó la droga me fui a acostar a un colchón que compartía con otras chicas *trans*, cerca del puente Alsina, al lado del río. Estaba tumbada, triste y agotada y pensé que no podía seguir

así. No sé cómo, pero me levanté, vine a la parroquia en busca de medicación y allí me encontré a un chavo, adicto, como yo, y que se murió siendo adicto, pero él me trajo a Don Bosco y me salvó la vida.

-¿Te acuerdas como fue ese primer día? –le digo.

-¡Sí! Como si fuera hoy. Primero el abrazo; no les importó lo sucia que venía, el bigote que tenía; me sentí en familia; la gente me vino a saludar. Me entrevistaron y les dije que era una chica travesti. Nadie me dijo nada, nadie me soltó la mano; creo que fue un desafío para todos, para María Eugenia, para Tano, para todos. Y yo me dije, este es mi lugar, acá me voy a quedar y me voy a curar. Apostaron por mi vida y hace siete años que estoy acá. Tuve que cambiar un montón de cosas.

-Supongo que no fue fácil el cambio -le comento.

-No fue fácil porque tenía que sobrevivir en un mundo machista. La gente no había convivido nunca con un travesti. Tuve que hacer un cambio en todos los sentidos: en mi vestimenta, en mi corazón, en mis actitudes, en mis creencias. El adicto tiene que trabajar un montón de cosas para madurar, para hacerse fuerte. El adicto tiene una gran fisura. No es una fisura porque ande en la calle o con la pipa en la mano, es una fisura por la herida que tiene en el corazón que se va sanando con el amor a los demás, el amor a uno mismo y el amor que te da el Hogar. Yo era un caso difícil. Tenía cuatro adicciones: era drogadicta, era prostituta, era alcohólica y era ladrona. Pero el Hogar siempre acompaña, no te suelta de la mano. Si uno quiere de verdad cambiar puede hacerlo, pero necesita ser sincero con uno mismo. Tiene que aceptarse, aceptar su pasado, aceptar su familia, aceptar que fuiste abusada. Yo fui abusada de pequeña, pero ya perdoné al que lo hizo. Hoy uso mi experiencia para acompañar a otras chicas. Eso es ser acompañante de par.

-Y ahora ¿cómo es un día normal en la vida de Paula? –le digo.

-Pues es un día muy responsable. Ahora vivo en la parroquia. No siempre ha sido así. En estos siete años he tenido recaídas de semanas, recaídas de días y luego de horas. Esto es un trabajo de hormiguita. Hay que aceptar la vida de una. Pero bueno, en un día normal me levanto a las 7.30, arreglo mi cuarto y doy gracias a Dios de estar viva y por haber cumplido un día más sin consumo. Luego levanto a las chicas que viven conmigo, desayunamos todas juntas y espero a mi compañera para ir a trabajar.

Un día responsable en la vida de Paula es un día en que me olvido de mí porque me entrego a los demás, es un día en que estoy a disposición de la parroquia, porque esa es mi responsabilidad como acompañante par.

-¿Y no tienes miedo de volver a caer? –le pregunto.

-Ahora el Hogar te acompaña mucho más que al principio. Cuando yo llegué todo era a puro pulmón. Si tenía ganas de consumir iba al padre y le decía “padre tengo muchas ganas de consumir”, y él te agarraba y te decía “rézate un Padrenuestro y ya verás cómo se te pasa”; y yo pensaba por dentro: “La puta que te pario”. He tenido que cambiar mucho en la manera de relacionarme con los demás. Antes era una prostituta, ahora soy Paula, una niña normal. Pero no me olvido nunca que vine de un riachuelo, con una mugre bárbara, con un olor bárbaro, con unos bigotes bárbaros, y devastada. Mi pasado lo acepto y lo uso de alerta para no volver a caer. ■



AMPLIANDO LA MIRADA EN LAS MÉTRICAS DE MEDICIÓN

Anne Mitchell se doctoró en economía en la Universidad de Maryland con una tesis sobre los cambios en la pobreza y la desigualdad de salarios en México durante el período de ajuste estructural. Hace 25 años se incorporó a la Universidad Católica de Buenos Aires (UCA) donde actualmente imparte clases e investiga en la Facultad de Economía.

Sus áreas de interés siguen siendo la pobreza, la desigualdad y la medición de impacto. Durante los años 2011-2015 participó como investigadora en un proyecto interdisciplinar impulsado por la Facultad de Economía y la Facultad de Ciencias Sociales de la UCA para estudiar aspectos relacionados con la inclusión social en los asentamientos informales. Anne se centró en el estudio de las organizaciones de la sociedad civil que desarrollaban programas en siete villas de la ciudad de Buenos Aires.

“Durante esos años entrevisté a cerca de noventa líderes sociales entre los que se encontraban los sacerdotes villeros. Fue entonces cuando descubrí la enorme labor que venían realizando esos sacerdotes y el rol tan activo que la Iglesia Católica venía desempeñando en estos asentamientos.

La Iglesia Católica es, con mucha diferencia, la institución más activa en las villas. El padre Pepe había impulsado cerca de cincuenta actividades en la Villa 21-24 en Barracas, y el padre Gustavo, algo similar en Bajo Flores”.

En la actualidad la profesora Mitchell, junto con Severine Deneulin, profesora de Desarrollo Internacional en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad de Bath, están llevando a cabo una investigación para evaluar el impacto de los centros barriales en las villas de Buenos Aires, pero a diferencia de los modelos tradicionales, muy focalizados en métricas cuantitativas y en la búsqueda de evidencias causales, su trabajo quiere

poner en valor la importancia de las diferentes dimensiones, incluida la espiritual, a la hora de evaluar el impacto de la actividad de los centros barriales.

El modelo de evaluación de impacto diseñado por Mitchell y su equipo se basa, por una parte, en el concepto de Desarrollo Humano Integral (DHI), puesto en marcha en el ámbito de la doctrina social de la Iglesia y, por otro, en el enfoque de las capacidades de desarrollo humano elaborado por Amartya Sen¹.

“Nosotros argumentamos –explica Mitchell- que no se puede medir el impacto de la actividad de los centros barriales centrándose exclusivamente en los datos relativos a las tasas de abstinencia o por el número de meses de abstinencia, que son las métricas habituales utilizadas cuando se evalúan programas de lucha contra la drogadicción. Los centros barriales producen muchos impactos y estos están correlacionados.

Hemos identificado cinco dimensiones para medir: las necesidades básicas (vivienda, educación, etc.), la salud física y mental, la parte relacional o espiritual, la educación y, por último, el trabajo”.

Cuando la atención se centra exclusivamente en identificar los porcentajes de abstinencia en la lucha contra la drogadicción quedan por fuera del radar muchas dimensiones que son enormemente valiosas e, incluso, puede darse el caso de que se valore como un fracaso algo que, si ampliásemos la mirada, sería un logro muy importante.

“El mejor ejemplo –explica Mitchell- es el caso de una persona que ha fallecido por el consumo de *paco*, pero si esa persona consigue morir en paz y rodeada del amor de una familia, no consideramos que su vida se haya frustrado. Esas situaciones se dan con mucha frecuencia en el Hogar de Cristo y ninguno de los que trabajan allí piensa que esas muertes haya sido un fracaso”.

1 Deneulin, S. & Mitchell, A., 2019, ‘Spirituality and impact evaluation design: The case of an addiction recovery faith-based organisation in Argentina’, HTS Theological Studies/Theological Studies 75(4), a5482. <https://doi.org/10.4102/hts.v75i4.548>”



Construcción de viviendas con Ecoladrillos - CB Angelelli

Un secretario con medio cerebro

El Hogar de Cristo acompaña y el que acompaña no suele marcar el rumbo, sino que sigue los pasos que le marca el acompañado. No transcurrió mucho tiempo hasta que los responsables de los centros barriales se dieron cuenta que había situaciones y circunstancias en las vidas de los adictos que no podían atenderse adecuadamente en los actuales centros.

Fieles a los principios de “aceptar la vida como viene” y “acompañarla cuerpo a cuerpo”, tenían muy claro que no podían rechazar esos “casos” derivándolos a otras dependencias, sino que debían implicarse activamente y diseñar un traje a la medida de las nuevas necesidades.

-El “cuerpo a cuerpo” –explica Pablo Vidal, tesorero del Hogar de Cristo- significa que cada persona es singular, única. Vivimos en una sociedad que deriva a la gente y se los saca de encima; “para resolver este problema vaya al centro de salud” o “diríjase al registro para solicitar esta petición”; “cuerpo a cuerpo” consiste en acompañar a esa persona al hospital, al lugar de trabajo, a la oficina administrativa: poner el cuerpo es hacernos cargo de su situación. “Recibir la vida como viene” implica no poner ningún filtro de nada. En el Hogar de Cristo no decimos este centro es para

varones de más de 35 años o, solamente, para mujeres con hijos; lo que viene lo acompañamos.

De manera natural y gradual fueron surgiendo respuestas concretas para atender a esas nuevas demandas. Se trataba de adaptar las instituciones a la realidad y no la realidad a las instituciones, como era la regla habitual en las instituciones públicas, donde los servicios están prefijados y la burocracia impide saltarse la regla establecida para atender los casos no previstos en el reglamento.

Las respuestas a esos casos particulares dieron lugar a los llamados “centros especiales” que no fueron fruto de una reflexión o de una estrategia premeditada, sino que surgieron y fueron tomando forma gradualmente como una réplica a una demanda con nombre y apellido.

El primero de los dispositivos especiales que surgió fue la Casa Masantonio, llamado el “hospitalito”, que nació para atender a los usuarios de *paco* afectados por la enfermedad de la tuberculosis y del VIH.

El Centro Masantonio es una dependencia amplia con diversos espacios de reunión y un patio interior que separa la zona en la que se trata a los pacientes y las dependencias en las que algunos están ingresados.

-El hospitalito –comenta Sofía Serú, directora de relaciones institucionales del Hogar de Cristo- se creó como una respuesta para los chicos que tenían la tuberculosis y que no aguantaban en un hospital normal. La tuberculosis es una enfermedad relacionada con la pobreza. Las condiciones de calle en las que viven los consumidores del *paco* les hacen especialmente propicios a esta enfermedad que, además, contagian de manera muy rápida. Como se trata de población de descarte no aparece en las estadísticas.

El modelo desarrollado por la Casa Masantonio no solo ha conseguido atender de manera eficaz a los consumidores de *paco* aquejados de tuberculosis, sino que se ha convertido en un centro de referencia para la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

El enfoque integral del Hogar de Cristo ha permitido hacer hincapié no solo en la atención sanitaria sino contemplar otras dimensiones que están relacionadas con la enfermedad: como la falta de vivienda, la posibilidad de educación, de una alimentación adecuada, de trabajo y

la creación de vínculos comunitarios que tienen como objetivo último la inclusión en la sociedad.

Según la OPS, uno de los factores de éxito más importantes de la Casa Masantonio es que la dimensión profesional del médico está reforzada por el acompañamiento de los pares: “la participación de ex pacientes que completaron su tratamiento y se convirtieron en operadores sociales para la búsqueda y seguimiento activo de casos constituye una parte fundante de este modelo. Y en la contención lograda entre pares quizás radique la razón por la cual alcanza altos indicios de adhesión al tratamiento”¹.

Gustavo Barreiro, el hermanito, que estuvo en los orígenes de los centros barriales y fue el primer director del Centro Masantonio, lo tiene muy claro.

-Lo bueno de todo es que las personas que piden ayuda terminan siendo ayudantes de primera y eso no solo permite abordar mejor la atención sanitaria, sino que constituye una oportunidad de empleo para los chicos. Porque muchos de ellos no pueden ser integrados en el mercado laboral y, entonces, es necesario crear espacios que les permitan trabajar y hacer algo útil. Un ejemplo muy claro es el de Jhony.

Él era un adicto que llegó con tuberculosis, VIH y tenía una parálisis. Cuando lo conocimos era un despojo. Un día le dijo a mi mujer:

-Me cansé de tomar las pastillas.

-Pero, tienes que tomarlas sino te vas a morir -le respondió.

-Para qué quiero vivir sino tengo nada que hacer en la vida -contestó Jhony;

-Pero si puedes hacer mucho. Yo necesito un secretario que me ayude y vos conoces muy bien el hospital Muñiz -le replicó mi mujer.

-Pero yo tengo medio cerebro -contestó Jhony; -Pues precisamente eso andaba buscando yo ¡un secretario con medio cerebro!

-Y desde hace cuatro años -comenta Gustavo- Jhony es el secretario de mi mujer y anda por el hospital por donde quiere porque todos lo respetan.

1 “Casa Masantonio: un espacio de contención y tratamiento de la tuberculosis”: Organización Panamericana de la Salud: octubre 2018.

No hacemos caridad con él, hace su trabajo muy bien, pero es un trabajo adecuado a sus circunstancias.

El desarrollo de Masantonio y de otros dispositivos similares convenció a los responsables del Hogar de Cristo de constituir una cooperativa para emplear a los adictos y auto-sostenerse financieramente. Así nació hace diez años la cooperativa de acompañantes de usuarios de *paco* (AUPA).

-No podíamos depender eternamente de la parroquia -explica Gustavo, actualmente presidente de AUPA-. La cooperativa nos permite dar trabajo a los jóvenes que se convierten así en agentes de salud, pues son los que van a buscar a los chicos, les dan la medicación, les acompañan y les visitan en el hospital.

-Nuestro modelo -explica Nano, el director de Masantonio- arroja unos resultados estupendos. El Hospital Mies, que es el hospital referente en la capital para el tratamiento de las enfermedades infecciosas, tiene un 30% de altas anuales por tuberculosis. Nosotros, actualmente, tenemos cerca del 90%.

No todos los pacientes consiguen el alta en Masantonio. En ocasiones vienen muy deteriorados y la única alternativa que nos queda es ayudarles a morir en paz y acompañados. Es el caso de Nancy que, precisamente, hoy están velando en una de las habitaciones del “hospitalito”.

-Nancy tenía un cáncer de útero muy avanzado y consumía desde hacía años. Aunque le ofrecimos vivir en el centro ella prefirió volver a la calle y solo cuando se encontró muy mal pidió ayuda para no morir sola. En ocasiones es lo único que podemos hacer, acompañarles hasta el final. Que puedan sentir el cariño y el calor del Hogar en sus horas finales -comenta Nano.

El Centro Masantonio no es el único dispositivo específico. Hace un año y medio comenzó a funcionar Casita Libertad. Este centro está orientado a acompañar a los adictos que están o han estado privados de libertad.

-Con las personas privadas de libertad -comenta Nano- ocurre algo similar a lo que sucede con los enfermos de tuberculosis. El Estado se ocupa de los problemas, pero solo durante un periodo de tiempo.

¿Qué ocurre? Que cuando las personas privadas de libertad salen del penal vuelven a reincidir porque nadie les ayuda a integrarse en la sociedad.

Hugo y Liliana llevan casados 28 años, ambos son abogados y hace unos años se les presentó la oportunidad de trabajar en Casa Libertad, que actualmente dirigen.

-Si no acompañamos –nos explica Hugo- a los ex -reclusos cuando salen del penal las probabilidades de reincidencia son muy altas. Las primeras 48 horas son críticas, pues las personas salen del penal sin carné de identidad, con lo puesto y en una ciudad que, en muchas ocasiones, no es la suya. El Estado se ocupa de detenerlos, pero una vez que ingresan en prisión no se preocupa de su situación y cuando salen fuera los ignora por completo porque piensa que ya no es su problema. Casa Libertad trata de romper esa lógica y cumplir el rol de una familia que quiere darles una segunda oportunidad. Aquí hay un equipo de abogados y abogadas, voluntarios, terapeutas y psicólogos trabajando por integrar de nuevo en la sociedad a este colectivo.

El modelo de Casa Libertad es una réplica de los principios que inspiran el Hogar de Cristo y que se viven en todas sus iniciativas. Por una parte, una mirada integral que trata de abordar todas las dimensiones del problema: humanas, sociales, psicológicas, médicas, laborales, espirituales, etc.

En segundo lugar, un acompañamiento permanente que no tiene una fecha de caducidad, a diferencia de los dispositivos públicos. Por último, el tercer elemento consiste en apoyarse en los propios afectados como agentes de cambio propio y de terceros.

-Ahora mismo tenemos aproximadamente trescientas personas detenidas en los penales que hay que atender. En el centro trabajan personas que han estado detenidas y ahora visitan a sus compañeros. Para ellos la experiencia de entrar y salir del penal es muy importante, especialmente sabiendo que una vez estuvieron allí. Igualmente, para los que son visitados saber que quien les visita es una persona que estuvo encerrado y ahora está rehaciendo su vida es muy motivador. Los acompañantes pares no se ocupan solo de visitarles en el penal, cuando salen les acompañan a hacer diferentes gestiones: sacarse el documento de identidad, solicitar una ayuda habitacional o acompañarle al

médico. Otros ex -reclusos trabajan en el centro prestando diversos servicios. Por ejemplo, la persona que atiende el teléfono tiene un cuadro de esquizofrenia grande, pero atiende muy bien las llamadas.

Al igual que en el resto de los centros, en Casa Libertad hay talleres de formación, charlas de terapia, sesiones de ayuda psicológica. Uno de los objetivos principales del centro es ayudar a los ex -reclusos a recomponer los vínculos familiares que suelen estar muy rotos.

El trabajo que realizan los dispositivos especiales de Masantonio y Casa Libertad produce importantes beneficios a la sociedad en términos de ahorros de costes en gastos de sanidad y seguridad por los extraordinarios resultados que ha obtenido al prevenir las recaídas de los enfermos atendidos y la reincidencia de los ex -reclusos. De hecho, la Universidad Católica de Buenos Aires está realizando un estudio con el fin de cuantificar el ahorro que supone para el sistema sanitario y penitenciario el trabajo de prevención que lleva a cabo el Hogar de Cristo. ■

Madres y voluntarias

El hospitalito y Casa Libertad no son los únicos dispositivos específicos impulsados por el Hogar de Cristo para atender problemáticas especiales.

Casa ANIMI es un centro que se creó para recibir, albergar, acompañar, capacitar e incluir paulatinamente en el tejido social a las mujeres *trans* que dejan su situación de calle o con alta médica y no tienen un contexto favorable para reinsertarse y desarrollarse integralmente.

Las chicas *trans* experimentan con especial crudeza los efectos de la marginación social. A la experiencia de la calle y el consumo, común en el resto de los adictos, se suman la prostitución, las enfermedades de transmisión sexual e infectocontagiosas y los problemas psicológicos y de rechazo social asociados con el cambio de género. Es un grupo que padece una exclusión social extrema.

Ana y Margarita eran unas voluntarias que colaboraban con el Hogar visitando a las chicas *trans* en el Hospital Muñiz. Hace dos años el hermanito les comunicó que el Hogar iba a abrir una casa especial para acoger y acompañar a las chicas *trans* y habían pensado en ellas para que ayudasen a poner en marcha esta nueva “casita”. Cada mañana llegan a ANIMI y se ocupan de acompañar a las *trans* aplicando los principios del Hogar de Cristo.

Entramos a trabajar a las nueve y comenzamos a administrar las medicaciones a cada una. Luego desayunamos, hacemos las tareas de la casa y, si es el caso, las acompañamos a hacer trámites en los hospitales, arreglar el documento de identidad, ayudarles en la búsqueda de un alojamiento o facilitando el acercamiento con su familia hasta que puedan irse a vivir de nuevo con ella.

Margarita y Ana tienen hijos que son o han sido adictos. Las dos forman parte del grupo de madres que asisten a las charlas impartidas en los centros barriales para las personas que tiene algún familiar que consume droga.

- Conocí el Hogar de Cristo –comenta Margarita- hace diez años por mi hijo que tiene 35 años. Es adicto y ahora está en la cárcel. Le pedí al padre Charly ayuda porque no sabía cómo manejar la situación. Comencé a ir a charlas al centro con otras madres y allí me enseñaron cómo manejar estas situaciones. Nos reunimos todos los jueves y hablamos del adicto, cómo tratarlo, cómo ser pacientes, cómo acompañar a otras mamás.

-Y también –apunta Ana- cómo aprender a vivir esta situación nosotras sin hacernos dependientes pues tenemos el riesgo de convertimos en adictas al adicto. A veces te ocupas tanto del adicto que descuidas a tus otros hijos. Yo tengo tres y los abandoné para ocuparme del enfermo; hasta que una vez mi hija me dijo:

-Mamá, ¿hasta cuándo vas a estar corriendo detrás de él? -Tu hermano está enfermo -le respondí; -Y si un día te pegan un tiro por andar corriendo detrás de él, ¿qué va a ser de tus otros hijos? -me contesto.

-Y tenía razón, porque yo cada vez que escuchaba un disparo en la calle salía a correr asustada por si le había ocurrido algo a mi hijo; y así enfermamos a nuestros hijos, a nuestros maridos.

Muchos de los voluntarios y voluntarias del Hogar de Cristo son personas que tienen o han tenido algún familiar en situación de calle y consumiendo. Para ellos y ellas ser voluntario es una manera de ayudar a sus hijos, hermanos, sobrinos, etc.

-Como yo no puedo ayudar a mi hijo, pues está en el penal y se ocupan otras personas de él, yo correspondo ayudando a otras personas -nos explica Ana.

SUMAI SIMI es el último centro especial. Comenzó a funcionar el pasado mes de abril con el objetivo de atender a las personas que consumen *paco* y sufren alguna discapacidad física o psíquica.

Respondiendo al principio de “recibir la vida como viene”, esta casita recibe las discapacidades como vienen y de acuerdo a la complejidad que representan se estudia cómo abordar cada situación. No hay una única receta. El recorrido se acopla a cada situación, que es única e irrepetible. Este enfoque permite superar los obstáculos de los sistemas públicos de atención cuya única respuesta es la internación especializada y esta, además, durante un periodo de tiempo concreto. Los límites de este enfoque no permiten abordar la complejidad de los problemas y los afectados, en el mejor de los casos, después de recibir tratamiento salen a la calle y a los pocos meses vuelven a recaer.

Manrique y Jorge son un ejemplo de cómo los principios del Hogar de Cristo son capaces de superar los condicionantes de los sistemas de asistencia pública.

-Manrique –cuenta Ramiro, coordinador de Sumai Simi- es una persona que estaba cumpliendo condena en el centro penitencial en unas condiciones inhumanas, encerrado en una celda pequeña y sin luz. Tenía afasia, alteraciones de demencia precoz, incontinencia urinaria y fecal. Estuvo ingresado en el hospital penitenciario, pero no sabían qué hacer con él y lo mandaron acá. Lo tuvimos un tiempo, con un cuidador que se ocupaba de él. Fuimos resolviendo poco a poco sus problemas de salud hasta que estuvo en condiciones de irse a vivir a un hogar donde está más cuidado. Jorge, era una persona que estaba cumpliendo prisión domiciliaria en el Bajo Flores y que tenía infecciones de todo tipo, alteraciones óseas, muchos dolores, tratamientos poco supervisados.

Lo internamos en el Hospital Piñeiro, allí estuvo un tiempo con un cuidador que se ocupaba de él, le cambiaba la sonda vesical, le administraba los medicamentos, lo limpiaba, lo sentaba en la silla de ruedas. Hoy en día Jorge está mucho mejor y se ha ido a vivir a un hogar para personas con discapacidad. ■



Casa Masantonio

CASA MASANTONIO

Iniciativa innovadora en el tratamiento de la tuberculosis

La tuberculosis es una de las principales causas de mortalidad en el mundo y está considerada la primera en la categoría de las enfermedades infecciosas.

La región de América Latina no es ajena a este problema y, según los datos oficiales, se estiman aproximadamente 270.000 casos y 23.000 muertos cada año por esta enfermedad.

La tuberculosis es una enfermedad asociada con la pobreza. Más del 95% de las muertes por tuberculosis se producen en países de ingresos bajos y medianos. Es una enfermedad que afecta principalmente a las poblaciones más vulnerables como las minorías étnicas, los inmigrantes o las personas con problemas especiales de salud: infectados con VIH y personas con adicción a las drogas, el alcohol o con trastornos mentales.

La enfermedad se concentra en las grandes ciudades, especialmente en las zonas más pobres donde viven los sectores más vulnerables. Las villas de la ciudad de Buenos Aires son lugares especialmente propicios para la aparición y extensión de esta enfermedad. Aunque los casos exactos de tuberculosis no siempre

son fáciles de detectar, pues al afectar a las poblaciones vulnerables muchas veces escapan a los sistemas de detección de los organismos de salud pública, en el año 2016 se notificaron 10.423 nuevos casos de tuberculosis en el país, con una tasa de 23,9% por cada 100.000 habitantes. Lo más preocupante es que las tasas de notificación y de fallecimientos no paran de crecer desde el año 2011, habiendo aumentado un 5% los fallecimientos en solo un año.

De las personas notificadas con tuberculosis el 60% tuvo un tratamiento exitoso y el 40% restante se ignora el resultado.

Con el fin de erradicar la tuberculosis de las grandes ciudades la Organización Mundial de la Salud (OMS) lanzó en el año 2014 la “Estrategia Fin a la Tuberculosis” con el objetivo de poner fin a la epidemia mundial de tuberculosis reduciendo el número de muertes en un 95% y la tasa de incidencia en un 90% entre 2015 y 2035. La estrategia apuntaba a desarrollar programas integrales que fuesen más allá del sector salud abordando las dificultades sociales, ambientales, económicas, culturales que las personas enfrentan en su entorno más próximo.

En este contexto la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y la OMS identificaron el centro Casa Masantonio como una de las iniciativas más innovadoras en la detección, tratamiento y seguimiento de la tuberculosis en personas de extrema vulnerabilidad con consumo problemático de pasta base de cocaína (*paco*).

Para la OPS y la OMS uno de los principales factores de éxito del Centro Masantonio es la figura de los acompañantes pares. El Centro Masantonio ha conseguido convertir a los ex -pacientes en agentes de salud consiguiendo unos altísimos índices de adhesión al tratamiento.

En palabras de la OPS: “en concordancia con los pilares de la Estrategia fin a la Tuberculosis, Casa Masantonio prioriza una atención integral centrada principalmente en el paciente y no



Casa Masantonio

en su patología. Para ello despliega múltiples estrategias (tratamientos directamente observados, medicación diariamente asistida en la calle, búsqueda de casos sintomáticos) e implementa sistemas de apoyo (asistencia en alimentación, ropa, acompañamiento a hospitales, tramites de documentación, soluciones habitacionales, incentivos económicos, planes individualizados para salir de su situación de calle y exclusión, etc.). La mayoría de las anteriores actividades son desarrolladas por los acompañantes que se integran en la cooperativa, que tiene al trabajo como eje de la recuperación, inclusión y sostén de la salud propia y la de los compañeros”.

De acuerdo con los datos de la OPS el 81,4% de los tratamientos en Masantonio ha tenido un resultado exitoso. Este dato es especialmente relevante si se tiene en cuenta que todos los pacientes atendidos en el centro son población especialmente vulnerable: el 94,6% al momento del diagnóstico presentaba consumo problemático de pasta base de cocaína (*paco*) y el 38% de los pacientes estaban coinfectados con VIH.



5to aniversario CB Madre Teresa

Alguien que siempre te está esperando

A los ocho de la mañana, puntuales, llegan Paola y Victoria al Starbucks de la estación de trenes de Retiro donde hemos quedado para acercarnos al Centro Madre Teresa en la Villa 31. Paola es la coordinadora del centro y Victoria una “operadora” que presta servicios en el centro acompañando a los chicos. Desde el Starbucks tomamos un colectivo y nos bajamos en la primera parada. Tras bajar atravesamos un puente levadizo que atraviese las vías del tren y nos conecta con la Villa 31.

Aunque todavía es temprano ya se aprecia bastante actividad en la villa y muchos comercios están abiertos. La mayoría de las casas están construidas por etapas sin rematar ni seguir un diseño. Una confusión de cables reina por todas partes. Los pobres no tienen dinero para construir de una vez sus casas y por eso las van levantando poco a poco conforme disponen de algunos recursos. Estos siempre son escasos. En el mejor de los casos les da para comprar medio saco de cemento y algunos ladrillos. Muchos no pueden pagar la electricidad y la roban del tendido eléctrico, subiéndose a los postes y enganchando sus cables de manera ilegal eludiendo el medidor. Se trata de una práctica frecuente en este tipo de asentamientos que incluso ha dado lugar a una nueva profesión: los marañeros, como los denominan en Colombia.

Tras una caminata de quince minutos llegamos al Centro Barrial Madre Teresa, una sencilla casa de dos pisos que no desentona de sus vecinas. Un cartel pintado a mano nos indica que el centro pertenece al Hogar de Cristo. La casa consta de dos plantas. La planta de abajo tiene tres habitaciones: una sala una cocina y un baño. En la sala hay una gran mesa y una pequeña televisión. En la mesa hay tres chicos desayunando. Cuando ven entrar a Paola y Verónica se levantan para darles un abrazo y besarlas en la mejilla.

Al cabo de unos minutos llega el padre Hugo, que atiende la parroquia de la Villa 31, con una mochila a la espalda. Saluda a todos y se dirige a la cocina para entregar varias barras de pan y unas bolsas de pasta.

Los cuatro subimos para charlar con calma a habitación pequeña que se encuentra en el segundo piso al que se accede por una escalera exterior. Es la “despacho” del Centro Madre Teresa en la Villa 31, aunque, en realidad, es una habitación polivalente que hace las veces de aula, de trastero, de sala de descanso y de confesionario.

Nos sentamos alrededor de la mesa de escritorio para hablar con tranquilidad. El padre Hugo prepara la bombilla del mate, agregándole un chorrito de agua del termo, e inicia la conversación.

-Hace cuatro años se abrió Madre Teresa, pues los chicos jóvenes no se integraban en los centros barriales y se terminaban yendo. Este centro es el único de la capital federal que trabaja con los chicos y chicas menores de dieciocho años. Los otros centros barriales no tienen un acompañamiento específico para este grupo. La realidad de los adolescentes, al ser más vulnerables, es más compleja. La salud, la identidad, la situación judicial, tienen otras dimensiones. La psicología también es muy diferente.

Victoria, que se acaba de graduar en psicología, asiente y confirma las palabras del padre.

-La adolescencia es un periodo de la vida en la que se está desorientado, se está madurando. A esa situación, común en todos los jóvenes, se le suma en nuestros pibes la problemática de estar en la calle y de consumir una sustancia que es muy nociva. Un adulto ya ha tenido un recorrido en la vida. El adolescente, por el contrario, quiere comerse el mundo y no se engancha con las actividades de un centro barrial normal. Él no quiere escuchar charlas, prefiere escuchar música, navegar con el ordenador, ver

la tele, salir a patear la pelota o hacer campeonatos de cartas. Un adulto, por otra parte, con frecuencia, tiene una pareja, algunos tienen hijos. Tiene más comunidad, un camino más hecho. Los chicos y chicas que tratamos, sin embargo, no tienen familia que los sostenga. Han huido de ella, porque no aguantaban más la situación que, forzosamente, debía ser muy desesperada para tomar la decisión de abandonar su hogar y elegir vivir en la calle.

Victoria se acaba de graduar, pero habla con una profundidad y serenidad impropia de su edad. El contacto con el sufrimiento le ha hecho madurar. El Centro Madre Teresa se ha convertido en su consultorio, un consultorio por el que pasan diariamente vidas atravesadas por el dolor y donde auscultar el alma resulta muy sencillo porque se encuentra en carne viva.

-¿Cómo es la vida de estos chicos? –pregunto.

-El *paco* le da un tinte muy peculiar a todo. Es una droga que deteriora mucho a los muchachos -comenta el padre Hugo.

-La mayoría –segunda Victoria- tiene dañado el sistema respiratorio, pues viven en la calle; por no hablar de las funciones cognitivas. Algunos, aunque son adolescentes, llevan en la droga cuatro o cinco años y están muy consumidos.

-¿Viven en la calle?-

-Sí, en las ranchadas. Son muy pocos los que tienen una estructura de casita. Aquí en frente del centro tienes una ranchada, unas maderitas para cubrirse y un sillón viejo. Si llueven ponen un plástico. La mayoría de los chicos no son de la villa –explica Paula.

-¿Cómo es eso? –pregunto.

-Esta zona es un lugar de paso –me aclara Paula-, situada cerca de la estación del tren. La mayoría de los chavales vienen de la provincia de Buenos Aires a la villa para consumir, aquí es más fácil el consumo. También es más fácil la vida en la capital. A los chicos les resulta más sencillo conseguir plata pidiendo en las calles. La Villa 31 está rodeada de los barrios más caros de la ciudad y, por tanto, hay más posibilidades para rebuscarse la vida.

-¿Y cómo abordáis esta problemática tan compleja? –pregunto.

-Pues primero –contesta el padre Marco- hacemos la “recorrida”. Por la mañana salimos a caminar por las ranchadas o en los lugares de consumo buscando a los pibes y les repartimos el desayuno: chocolatada y galletitas. Eso nos permite, por una parte, tener un control sobre los pibes, comprobar que siguen vivos y están ahí, saber si están consumiendo mucho, si alguno está internado, si le paso algo. Es la manera de no perder contacto y te permite hacer un seguimiento de los chicos que no vienen tan seguido. Durante la recorrida, al igual que se hace en otros centros barriales, nos paramos a hablar con ellos y les invitamos a venir al centro.

-¿Cuál es el horario del centro? -le pregunto.

-El centro está abierto de nueve de la mañana a cuatro de la tarde. A las nueve damos el desayuno, a las doce se almuerza y alrededor de las tres y media se merienda. Pero los pibes comen todo el día. No hay una rutina en su vida, no hay un orden. Hay muchachos que vienen después de estar de gira tres o cuatro días, sin apenas dormir. Muchos llegan, comen y duermen -comenta Paula.

-No se puede establecer un plan con ellos, no se les puede decir, primero te lavas y luego comes -apostilla Victoria.

-¿Cómo combináis la necesidad de ser flexibles y, al mismo tiempo, exigir?

-No hay reglas. Depende de cada caso. A los tres chicos que has visto abajo se les puede exigir un poco más porque son habituales; ellos llegan, desayunan y se bañan. Luego lavan su ropa y se van a la escuela. Al mediodía regresan, almuerzan y hacen sus tareas o hablan con la psicóloga. Tienen un tiempo para usar la computadora y armamos turnos de media hora para que la usen todos y así se van ordenando, lo mismo con el uso de la tele, se reparten el tiempo y aprenden a respetar el tiempo de los demás. Así vamos introduciendo rutinas poco a poco. En medio del desorden de sus vidas tratamos de poner un poco de orden, pero sin exigir demasiado. Nuestro límite es las cuatro de la tarde, a las cuatro vuelven a la calle y nos despedimos de ellos con la esperanza de volverlos a ver al día siguiente. Ellos saben que nuestras puertas están siempre abiertas: “si no puedes venir –les decimos- no pasa nada, vos sabes que acá puedes volver cuando quieras” –concluye Paula.

-¿No habéis organizado un sitio para que puedan dormir por la noche?

-Lamentablemente, no tenemos recursos, ni humanos ni económicos. Es nuestro gran sueño. En ocasiones aisladas nos hemos quedado a dormir con ellos, por ejemplo, cuando están con fiebre y no pueden estar internados en el hospital. En esos casos nos turnamos los días en que tienen que tomar la medicación, y ellos recontentos, pero no podemos quedarnos todos los días -explica Paula.

-Hay que tener en cuenta -añade el padre Marco- que este centro tiene algunos aspectos singulares. A diferencia de los centros barriales de adultos en el que estos, cuando ya han completado un proceso y están fase de recuperación, pueden realizar tareas de acompañamiento con sus compañeros, aquí en Madre Teresa no se da ese fenómeno porque todos son menores de edad y la tarea de acompañamiento recae siempre en alguien del equipo.

-Habláis mucho de los chicos, pero ¿qué pasa con las chicas?

-Tienen una realidad muy diferente a los varones. Son mucho más vulnerables. Actualmente solo tenemos dos chicas; el resto de las que venían por aquí están en una situación muy complicada. Es muy difícil acompañar a las chicas porque se encuentran en lugares donde no resulta sencillo entrar. Cuando tienen más edad se van a vivir con los narcos, pues les dan plata y así pueden consumir. No es fácil acercarse porque podemos poner en riesgo al equipo y a ellas -comenta el padre Marco.

-Cuando salimos de recorrida si las chicas están en la calle no te puedes detener. Lo único que puedes hacer es saludarlas y esperar que te vengán a visitar al centro. Si vienen las atendemos, pero muchas han dejado de venir para no comprometer al centro -añade Paola.

-¿No debe ser fácil convivir con estas realidades? -les pregunto.

-Tienes que armarte por dentro, porque, sí, en ocasiones experimentan cosas muy duras y nos las cuentan y tenemos que estar preparadas -comenta Paola.

-¿Y cómo os preparáis para eso?

-Pues a mí me ayudan mucho las reuniones de equipo. Nos sentamos con el mate y podemos estar hablando toda la mañana sobre la situación de un chico para ver como la resolvemos -explica Victoria.



Construcción de viviendas con Ecoladrillos - CB Angelelli

-¿Cuándo los reunís? –pregunto.

-Todos los miércoles.

-Y en esas reuniones, ¿habláis de cada uno de ellos?

-Sí. Hablamos, nos reímos, en ocasiones lloramos. Es como una catarsis. El padre Marco nos acompaña mucho, en cuanto puede se escapa de la parroquia para echarnos una mano. Este año ha sido particularmente duro, porque hemos vivido un montón de situaciones: embarazos, muertes violentas, hospitales y el padre siempre ha estado cerca acompañándonos –comenta Verónica.

-Sí, este año –confirma el padre Marco- hemos tenido que pelear mucho. Pelear con el sistema de salud, con el sistema educativo, pelear por la falta de recursos. Conseguir una plaza en la escuela para estos chicos es muy difícil. Deberíamos contar con ayuda del Estado, de la gente, de la propia Iglesia y, sin embargo, vamos muy a contrapelo. A las instituciones del Estado solo les interesa disminuir el consumo, pero nosotros no nos centramos exclusivamente en el consumo, sino que acompañamos en muchas otras dimensiones sociales, afectivas, educativas, espirituales.

-¿Entiendo que es muy fácil frustrarse ante esta situación? –pregunto.

-Nosotros ya estamos vacunados contra las frustraciones –contesta Victoria con una sonrisa- Nos tomamos las cosas con sentido del humor, nos reímos bastante. Lo que nos llena de esperanza y nos vacuna son sus sueños, sus planes, su cara al saber que reciben una mirada que no les juzga. Saber que empiezan a creer que son personas con derechos, porque durante mucho tiempo se les ha visto como descartables. Para nosotros comprobar que van a la escuela es algo maravilloso, un paso de gigante cuando conoces como vinieron. No es lo mismo hace cinco años que el problema era que no dejaba el *paco* y ahora que el problema es que no abandone la secundaria. Es verdad que cobramos poco, pero no hacemos esto por dinero, ver estos cambios es el mejor pago –explica Verónica.

-Hay cambios que no se ven, que van por dentro. Hay que saber esperar, ser paciente, y un día te sorprendes. No perder la esperanza, confiar en Dios, confiar en que algo bueno puede surgir. Si no tuviésemos fe en que Dios actúa esto no se sostiene –apunta Paula.

-Recuerdo –añade el padre Hugo- cuando celebramos la misa de aniversario del centro. Uno de los pibes se levantó y dio las gracias delante de todos simplemente porque el Centro existiese, por estar ahí. Eso es lo que nos piden, que estemos ahí, que seamos fieles. En el fondo, si uno lo piensa despacio, es lo que nos pide Dios a todos, que seamos fieles, aunque nos equivocamos, que tengamos la confianza de comenzar de nuevo, porque hay alguien que no se cansa de esperarnos, porque hay alguien que siempre nos estará esperando. ■



Elementos del modelo de innovación social

Desde los Centros Barriales se aborda, en territorio, la problemática de la adicción a las drogas como un problema complejo, transversal y además provocado por diferentes situaciones de exclusión. Se responde de forma diferente, integral acompañando todos los aspectos de la vida de la persona. “Para mí señala Ana Mercedes Botero, ha sido una experiencia fuerte e inspiradora. Hay que conocerla, no de otra manera puedes entenderla. No es una metodología específica, es más bien una forma de vida, un acompañamiento integral que se nutre del afecto, el amor y un sentido de comunión permanente”.

Una respuesta integral

La vulnerabilidad y la exclusión son fenómenos complejos que no admiten soluciones parciales y aisladas. No se puede pensar en una recuperación plena e integral de los drogadictos si quien consume está solo, vive en la calle o no tiene un DNI que le permita tramitar los beneficios sociales o acceder a cualquier institución, sea pública o privada. Sin esas condiciones básicas resulta imposible que alguien pueda pensar en replantearse su vida. No es posible plantear un proyecto de vida que no contemple la inserción laboral. No es aconsejable que una persona que se ha incorporado al mercado laboral y cuenta con una fuente de ingresos no reciba

orientación sobre la administración de su dinero. Por esa razón, en los Centros Barriales acompañan todos los aspectos de la vida de la persona ofreciendo distintas soluciones.

Sin fecha de caducidad

“Acoger la vida como viene” supone aceptar todas las etapas de la vida. El trabajo de acompañamiento de los centros barriales no está sujeto a plazos, como lo está el de cualquier institución que presta un servicio. Las puertas siempre están abiertas y se atiende a las personas a lo largo de toda su vida. La integralidad no solo comprende atender todas las dimensiones de la persona sino también acompañarla en todas las fases de su vida.

Este enfoque está permanentemente en alerta, anticipando los problemas que puedan surgir en el futuro. Esta amplitud de horizontes permite prevenir los problemas que surgen cuando la intervención finaliza. Se trata, como explica un documento, de acostumbrarse a “pensar en el después del camino de la recuperación”¹.

Este enfoque permite superar muchas de las limitaciones y condicionantes que tienen los programas públicos de asistencia social que están diseñados para prestar asistencia en un campo específico y por un tiempo determinado. Los resultados alcanzados por el Hogar de Cristo muestran que los tratamientos basados en la “especialización y el “límite temporal” a la postre terminan siendo mucho más costosos para los beneficiarios y para las propias instituciones prestadoras de servicios. El ejemplo más ilustrativo en este sentido son las intervenciones con los reclusos y los enfermos de tuberculosis. La intervención del Estado no se preocupa de lo que pueda pasar con los reclusos una vez han salido en libertad ni tampoco de que pueda suceder con los enfermos de tuberculosis una vez han sido dados de alta.

La mirada a largo plazo del Hogar de Cristo permite prevenir la reincidencia de los ex reclusos y la recaída de los enfermos ahorrando al Estado un gasto importante en las partidas de seguridad y salud.

1 Libro Centros Barriales; 2019

Un plano inclinado

En el Hogar tienen claro que el camino de la recuperación debe transitar por un plano inclinado y gradual en el que es necesario ir paso a paso. El primer contacto con las personas que consumen suele comenzar en la calle. Ese encuentro constituye el primer paso para iniciar un diálogo y comenzar a generar vínculos.

Las personas adictas al *paco* van ganando confianza poco a poco tras esos encuentros y terminan acercándose a los Centros Barriales para solicitar algún tipo de ayuda. Allí se les atiende, se les proporciona ropa, comida, higiene.

En alguna de esas visitas, los jóvenes pueden solicitar ayuda y manifestar su deseo de recuperarse de la adicción. Es el momento de iniciar una conversación más profunda y prolongada y plantearles la posibilidad de que vivan temporalmente en una de las casas de acogida.

Los centros barriales tienen distintas modalidades de casas de acogida en función de las circunstancias de cada persona (Centros de Bajo Umbral, Hogar de Bajo Umbral, Casa de Medio Camino y Casas amigables), lo que es importante es que los interesados sean conscientes de que se trata de una situación temporal hasta que se recuperen, constituyan su propio hogar y formulen un proyecto de vida. Como suelen repetir, “es necesario un plancito y mucha paciencia”.

El centro barrial recibe todas las personas tal y como vienen y al principio no se les pide nada, simplemente se las recibe y, tras ese recibimiento gratuito, comienzan a generarse vínculos, porque la persona que está consumiendo y en situación de calle ha perdido todos sus vínculos significativos; no tiene amigos, no tiene familia, no tiene nada. El centro barrial genera espacios de encuentro en los que vuelven a establecerse esos vínculos humanos con el objetivo de recuperar poco a poco la dignidad; se trata de poder darse una ducha de nuevo, de volver a sentirse limpio, sentarse a una mesa con un mantel y compartir la comida con los demás, poder hacer sobremesa, charlar con otros, en definitiva, sentirse parte de una gran familia.

Esa recuperación de la dignidad gradual impulsa a la persona a ir dando pasos para reconfigurar poco a poco su vida: el que estaba tirado y roto

en el camino comienza a ponerse de pie. Cuando se levanta comienza a dar pasos; vuelve a salir a la calle, comienza a hacer gestiones para arreglar su vida.

Un traje a medida

Los centros “reciben la vida como viene” sin criterio de admisión; si alguien acude se le recibe con un abrazo. Esta es la primera diferencia con otros dispositivos en los que existe un protocolo de admisión y ciertas pautas a las que hay que adaptarse.

El Hogar de Cristo camina al revés, es el Hogar el que se adapta a la vida de la persona; se recibe la vida como viene con toda su complejidad y se intenta dar respuestas a medida que la persona lo demanda. No hay un camino protocolizado, estandarizado en la que todos van a recorrer las mismas fases; se camina al ritmo y al compás de las necesidades de cada persona y con una mirada en la que la adicción no solo contempla los aspectos relacionados con la salud, sino todas las dimensiones de la persona; su actividad afectiva, recreativa, educativa, vínculos familiares, ingresos, documentación, espacios de acompañamiento psicoterapéutico y farmacológico.

Uno de los términos que más se utiliza entre los trabajadores y voluntarios de los centros es la expresión “acompañar”. No es una expresión retórica. Se trata de servir a los demás, no de prestar servicios. Son las necesidades concretas de cada persona las que determinan y configuran la ayuda que necesita en cada caso. Se trata de adaptar los programas e iniciativas a la realidad no la realidad a los programas e iniciativas existentes. Todas las iniciativas de los Centros Barriales han surgido como respuesta a una situación personal.

Salir al encuentro

En los Centros Barriales no se espera que nadie llame a la puerta para atenderle. Sus responsables y voluntarios acuden en busca de los muchachos y muchachas donde habitualmente se encuentran: “en las calles, los pasillos y ranchadas”. Los “pasillos” hacen referencia a la estrechez de algunas calles de las villas donde se encuentran los adictos al *paco*. El término “ranchada” tiene su origen en la cultura criolla, en el campo ranchar



quiere decir comer; luego paso a formar parte de la jerga carcelaria y de la calle para referirse a las bandas que se forman en los pabellones carcelarios o a los grupos donde se juntan y reúnen los que consumen el *paco*.

Un buen ejemplo de esta manera de actuar son los dispositivos de la noche de la caridad para atender a los enfermos de tuberculosis, la carpa de la Plaza Constitución para establecer un primer vínculo con las personas que viven consumiendo en situación de calle o las “recorridas” con chocolatada en busca de los jóvenes en la Villa 31.

Sembrar, sin esperar resultados

En el Hogar no se buscan resultados inmediatos. Se hace lo que se debe, pasito a pasito. Son muy conscientes de que los cambios sociales necesitan mucho tiempo. No solo porque el enfoque integral exige profundizar en las causas e ignorar las soluciones parciales y simplistas, sino también porque para ellos no hay personas “descartables”, por utilizar una expresión del papa Francisco, principal inspirador de esta labor. Las personas vulnerables tienen una puerta permanentemente abierta.

Paradójicamente, esta manera de trabajar que no mide las acciones por su eficacia a corto plazo sino por el sentido que tienen en sí mismas, es la que produce más resultados en extensión y profundidad. Los índices

de recuperación de los adictos que tienen los centros barriales son muy superiores a los de cualquier iniciativa, pública o privada, similar. A los profesionales y voluntarios del Hogar de Cristo, sin embargo, no les gusta calcular porque “basta con que uno se salve”. Se resisten a mirar la realidad social desde los papeles de las estadísticas, desde los fríos números. “Desde esta perspectiva un adolescente que comienza hoy a consumir *paco*, es solo uno más (...). Nosotros queremos intentar mirar la realidad desde el corazón de Dios. Es que Dios no quiere que ninguno de sus hijitos se pierda, para todos quiere una vida plena”².

De consumidores a agentes de cambio

Una de las innovaciones más importantes del modelo desarrollado por los centros barriales ha sido transformar a los adictos en prestadores de servicios a sus compañeros. Con esta medida se han conseguido logros muy importantes. En primer lugar, ha permitido aumentar el alcance e impacto de los programas superando el cuello de botella de la falta de personal. En segundo lugar, se ha conseguido acelerar la recuperación de los adictos al confiarles pequeñas tareas reforzando su autoestima y su sentido de responsabilidad. En tercer lugar, ha permitido emplear a muchos adictos extendiendo el itinerario de su recuperación a la inserción laboral. Por último, ha incrementado la confianza de los receptores de ayuda en la eficacia de sus programas al prestar el servicio personas que antes se encontraban en la misma situación. Este último aspecto es muy relevante. El valor del testimonio tiene una fuerza muy grande. La palabra testimonio viene del griego mártir («μάρτυρας», «testigo») que hace referencia a quien da fe de algo debido a que lo ha vivido en primera persona. Los acompañantes pares son personas que han experimentado los mismos problemas y han conseguido superarlos o, al menos, están camino de conseguirlo y por eso su testimonio tiene una fuerza persuasiva muy grande.

El origen y la fuente de todo

Es importante volver a resaltar que el Hogar de Cristo es una experiencia basada en determinados principios de actuación, más que en procesos y servicios asistenciales estandarizados.

2 Mensaje de los sacerdotes para las Villas de Emergencia, 25 de marzo de 2009.

Toda la actividad del Hogar de Cristo está basada en la dinámica propia que emana de la práctica de la virtud cristiana de la caridad. ¿Qué consecuencias se derivan de este hecho? Pues, en primer lugar, que se trata de un modelo que no se puede replicar sin asumir los principios propios que lo inspiran y que empapan todas sus actividades. Ningún programa o estrategia impulsada por los organismos del Estado será capaz de reproducir sus resultados.

El trabajo que se realiza en el Hogar de Cristo es un recordatorio vivo y elocuente de lo que las instancias burocráticas no pueden proporcionar y que es lo que el hombre, en todo tiempo y lugar, más anhela: una entrañable atención personal. Las instancias públicas no están concebidas para dar una respuesta de este tipo, por lo que la única alternativa que les queda es reconocer y apoyar, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de otras instancias como el Hogar de Cristo.

La segunda consecuencia, para todos los que trabajan en el Hogar de Cristo, voluntarios y profesionales, es la firme convicción de que lo que distingue el perfil específico de su actividad no es la competencia técnica de sus profesionales y voluntarios, que siempre será necesaria, sino “su dedicación al otro con una atención que sale del corazón para que el otro experimente su riqueza de humanidad (...) de modo que a través de su actuación –así como por su hablar, su silencio, su ejemplo- sean testigos creíbles de Cristo”³.

En el Hogar de Cristo no hay distinción entre prestadores de servicios y receptores de los mismos. Los vínculos son simétricos, “nadie es mejor que el otro, todos somos recibidos y recibimos a otros. Todos somos acompañados y, al mismo tiempo, acompañamos a otros. El que se encuentra mejor quizás acompaña a aquel que se siente más débil; todos acompañamos cuerpo a cuerpo”⁴.

“Para mí –señala Ana Botero- ha sido una experiencia muy innovadora, pero a la vez, fuerte e inspiradora. Hay que conocerla, no de otra manera puedes entenderla. No es una metodología específica, es más bien una forma de vida, un acompañamiento integral que se nutre principalmente del afecto, del amor y de un sentido de comunión permanente”. ■

3 Benedicto XVI; Encíclica “Deus Caritas est”; N° 31.

4 Entrevista Raimundo 29.10.2019



RECOMENDACIONES

Abordar sin demora el proyecto de residencia para los menores de dieciocho años

Sin duda, entre la población más vulnerable, en situación de calle y consumo, se encuentran los jóvenes, niños y niñas, menores de 18 años. La atención a los jóvenes resulta especialmente absorbente para los profesionales y voluntarios del Hogar por la propia naturaleza de los jóvenes, que requieren una atención más constante e intensa, y por la imposibilidad de apoyarse en el acompañamiento de los pares. Al tratarse de menores de edad todo el acompañamiento descansa en los operadores y voluntarios.

Actualmente, una de las principales limitaciones para poder hacer un acompañamiento integral a los jóvenes es la falta de un espacio donde puedan pasar la noche. La labor que realiza el personal, directivo y voluntario, del Centro Madre Teresa resulta muy meritoria, pero lamentablemente su trabajo se ve muy limitado por el hecho de no contar con un espacio en condiciones donde los jóvenes puedan pasar la noche. Al tener que regresar a “la calle”, una vez han terminado las actividades del centro, existe un gran riesgo de que vuelvan a recaer. Como señalaba una de las operadoras, “la calle es muy dura y cuando cerramos el centro nos vamos con el corazón encogido y la esperanza de que al día siguiente, cuando regresemos por la mañana, nos volvamos a ver”.

Existen algunos programas de atención a niños de la calle en consumo muy similares a los de la Villa 31 cuyas experiencias podrían ser de gran interés para el Centro Madre Teresa. Probablemente uno de los modelos más exitosos sea el desarrollado por el padre Nicolás en Colombia a través de la Fundación Servicio Juvenil. La rehabilitación de los niños y niñas se realiza a través de un itinerario muy similar al desarrollado por el Centro Madre Teresa que finaliza con una capacitación o formación profesional técnica orientada al empleo.

Fortalecer e impulsar iniciativas para impulsar la empleabilidad, por cuenta propia y ajena, no relacionadas con el acompañamiento

El importante papel que cumple el acompañamiento como medio de recuperación, aumento del alcance de los programas y oportunidad de empleo para muchos de los adictos no se puede desconocer. No obstante, ni el Hogar de Cristo tiene capacidad para ofrecer puestos de trabajo a todas las personas que atiende ni muchas de ellas contemplan esa oportunidad como una salida profesional definitiva.

La inserción en el mercado laboral debe constituir un objetivo prioritario que esté integrado en la estrategia de acompañamiento del colectivo atendido por el Hogar de Cristo. Mientras las personas no posean una fuente de trabajo, razonablemente estable, que les proporcione seguridad a ellos y a sus familias será difícil que puedan desarrollar todo su potencial como personas.

Es obvio que para que las personas atendidas por el Hogar de Cristo puedan estar en condiciones de insertarse en el mercado laboral previamente tienen que ir cumpliendo con éxito otras etapas en su proceso de recuperación. Ahora bien, este hecho no puede oscurecer la importancia de la inserción laboral como un eslabón crítico para completar con éxito el acompañamiento.

Este enfoque, además, es plenamente coherente con los principios y valores que inspiran el Hogar de Cristo. La expresión “cuerpo a cuerpo” compromete a la institución a implicarse a fondo en todas las dimensiones del problema sin derivarlas a instancias externas.

Abordar con ciertas garantías de éxito el reto de la inserción profesional no es un objetivo sencillo ni inmediato. Incorporar este reto en la estrategia de la institución implica buscar y asignar recursos (humanos, técnicos y financieros), fijar metas, distribuir tareas y evaluar los avances.

Facilitar los trabajos de medición de impacto de los centros barriales y cuantificar los ahorros que supone para el sistema público

La labor y el impacto de las actividades del Hogar de Cristo resultan muy difíciles de cuantificar no sólo por su extensión sino sobre todo por su profundidad. Esa dificultad, sin embargo, no debe ser obstáculo para que se vayan dando pasos en esta dirección. Las iniciativas que actualmente están en marcha para medir el impacto de las actividades del Hogar de Cristo, así como para calcular los ahorros que para el sistema público de salud y seguridad comporta su trabajo, son muy relevantes.

El trabajo de investigación que actualmente está realizando la profesora Anne Mitchell de la UCA sobre la evaluación de impacto de los centros barriales es una actividad de enorme importancia, que trasciende los intereses de la institución del Hogar de Cristo, al plantear un cambio de paradigma en los actuales modelos de medición. La metodología de medición que está aplicando incorpora sustanciales innovaciones que dan cuenta de las múltiples dimensiones (sociales, culturales, económicas, ambientales y espirituales) del trabajo llevado a cabo por los centros barriales. Las conclusiones que se obtengan pueden servir para impulsar nuevas metodologías de medición que enriquezcan y trasciendan las limitaciones de los actuales enfoques cuantitativos y contribuyan a mejorar el diseño de los programas y políticas públicas.



Además de los avances metodológicos que pueden derivarse del trabajo de evaluación de los centros barriales resulta indudable que el modelo integral desarrollado en los mismos contribuye significativamente a reducir la reincidencia de los ex reclusos y a prevenir las recaídas en el tratamiento de las adicciones. Estos resultados suponen un importante ahorro de costes en inversiones en salud y seguridad que el Estado debería realizar de no existir estos programas. En este sentido, la investigación que está realizando la UCA para cuantificar estos ahorros tiene un enorme interés y podría contribuir significativamente al sostenimiento económico de muchas de las actividades que vienen realizando los centros barriales.

Visibilizar esos ahorros puede contribuir a que el Hogar de Cristo plantee a los responsables políticos un modelo innovador de colaboración público privado basado en los modelos de pago por resultados (*payment for success*). En este sentido, no resulta casual que uno de las primeras iniciativas basadas en el modelo de “pago por resultados” surgiese en el contexto de un programa que pretendía disminuir el índice de reincidencia de ex reclusos en la cárcel de Peterborough en el Reino Unido.

Crear un área de gestión de personal que se ocupe de atender a los trabajadores del Hogar de Cristo

Sin duda, el compromiso y dedicación de todas las personas que trabajan en el Hogar de Cristo es uno de los principales activos de la institución. Resulta evidente el papel tan importante que cumplen las motivaciones trascendentes en el trabajo de todos los trabajadores y voluntarios del Hogar. Como expresaba una de las operadoras de los centros barriales: “Para nosotros ver que alguien ha podido ir a la escuela es algo maravilloso, un paso de gigante; es verdad que cobramos poco, pero no hacemos esto por dinero, ver estos cambios nos motiva todo”.

Este aspecto es importante y no se puede desatender, pero es preciso no descuidar otras dimensiones que son igualmente relevantes en el desempeño y desarrollo profesional de los trabajadores, como una justa compensación económica, la oportunidad de aprendizaje, el cuidado de la salud o la conciliación.

Los profesionales de los centros barriales, personal remunerado y voluntario, están sometidos a una fuerte tensión que procede por una parte de la constante exposición a situaciones humanamente muy duras y, por otra, de la permanente falta de recursos.

“Hace dos años que no tengo vacaciones. La verdad es que vivimos muy pegados al trabajo y nos cuesta separarnos, incluso los fines de semana. Vivimos con mucha tristeza cuando pasa algo malo y anímicamente te afecta mucho porque son chicos que conoces. Yo voy al psicólogo, pero estamos buscando a alguien que pueda trabajar con el equipo, porque el estrés es muy fuerte. Los recursos no dan para mucha cosa porque se usan para los chicos. Los recursos nos vienen del gobierno, pero no alcanzan”.

“El trabajo en el centro es muy demandante. Las personas necesitan que los acompañen y vienen exigiendo y a veces se van enojados. Es muy frecuente que mientras estamos en el centro trabajando nos interrumpen con demandas, y es interrupción tras interrupción; uno te dice que necesita hablar con su familia por teléfono, el otro quiere papel higiénico, otro tiene que trabajar; ese nivel de demanda es difícil de procesar y genera estrés porque terminas cargándote mucho”.

“Este año ha sido particularmente duro, porque hemos vivido un montón de cosas, embarazos, hospitales, fallecimientos”.

Estas opiniones, recogidas de testimonios de profesionales entrevistados, son habituales en organizaciones con una fuerte vocación de servicio a los demás, como son muchas de las organizaciones no lucrativas. No es fácil dar recomendaciones concretas sin conocer con más profundidad la organización ni los recursos de que dispone. No obstante, sí nos parece oportuno llamar la atención sobre este punto y recomendar un seguimiento más cercano de todas las cuestiones relacionadas con el cuidado, desarrollo y atención de los profesionales y voluntarios. ■



EL CAMINO RECORRIDO

Tras casi tres años de la alianza estratégica entre Innovación Social de la CAF, Cáritas Argentina y la Federación de Centros Barriales Familia.

Grande Hogar de Cristo se avanza en lo siguiente:

Formación de líderes

- Más de diez ediciones del Curso Virtual “Los Centros Barriales: una estrategia comunitaria para enfrentar la vida”. Con la participación de más de 1500 referentes comunitarios.
- Tres ediciones del curso virtual “Acompañando la infancia y sus vínculos en la Familia Grande Hogar de Cristo” 267 inscritos.
- Participación en cursos virtuales de líderes comunitarios internacionales provenientes de Chile, Colombia, España, Haití, Paraguay, Uruguay y Venezuela.
- Consolidación de La Escuela de Misioneros, reuniendo a 70 personas que han transitado su camino por el Hogar de Cristo y ahora acompañan como pares a otros, siendo ellos quienes reciben y orientan a las más de mil personas que asisten.

- Formación personalizada por referentes de los Centros Barriales a más de 60 líderes comunitarios.
- Actividades de extensión, misiones y reuniones temáticas.
- Desarrollo de 32 actividades de extensión, donde líderes y referentes comunitarios viajan a nuevos centros barriales a compartir su experiencia personal, todos ellos con situaciones cercanas en temas de exclusión y abuso de sustancias, familiares o personales, convirtiendo las actividades en escuelas de experiencias vivas que también motivan a la creación y consolidación de nuevos centros barriales y dispositivos de inclusión.
- Desarrollo de cinco reuniones temáticas que permiten el intercambio sobre una temática común a varios Centros Barriales o desarrollo de algún dispositivo.
- 27 misiones de asistencia técnica con el objetivo de impulsar el crecimiento de los Centros barriales iniciados en nuevas regiones.



Casa Lujan - Bahía Blanca

Investigación

- Inicio de diferentes líneas de investigación que fortalecen la implementación de dispositivos y la relación entre los Centros Barriales: “La Escuela le habla a la Escuela” “Buenas Prácticas en Adolescentes” “Buenas Prácticas en Deportes”.
- Primer Informe Investigación de Diagnóstico de Centros Barriales, con base en la sistematización de algunas de las instancias de la estrategia formativa presencial (misiones, extensiones y reuniones temáticas).
- Desarrollo de un cuadernillo Recursero con georreferencias y contactos de cada uno de los Centros Barriales que hay en el país, como material de apoyo para los Centros.
- Inicio de libro manual de Centros Barriales con el objetivo de producir un diagnóstico que identifique contextos, intereses, dificultades, oportunidades y perspectivas.



Encuentro Nacional. Festejos aniversarios FGHC

Encuentros y otros eventos

- Seis encuentros nacionales orientados a la formación y reflexión de las prácticas de abordaje en el Hogar de Cristo con participación de más de cuatro mil personas.
- Participación en 16 Encuentros Regionales de las Cáritas Diocesanas, donde se expone la estrategia de abordaje comunitario de los Centros Barriales y se motiva a la implementación de dispositivos y creación de nuevos centros.
- Participación en reuniones con curas villeros en Uruguay; con la Red de Casas de Atención y Acompañamiento Comunitario; en la 29° Asamblea Federal de Acción Católica; en la Conferencia Internacional de Adicciones y Drogas – Vaticano; en el Encuentro del Cono Sur y Encuentro de Mujeres.



Otras Alianzas y distinciones

- Alianza con la Asociación Civil Nuestras Manos que trabaja en prevención y tratamiento de las violencias, específicamente en orientaciones puntuales, a nivel psicológico, pedagógico social y jurídico.
- El Hogar de Cristo es reconocido en la categoría “Derechos Humanos” por la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA).
<http://www.daia.org.ar/2019/12/12/hogar-de-cristo/>
- La Federación de Centros Barriales Familia Grande Hogar de Cristo seleccionada para ser parte del Consejo de Salud Mental y Adicciones, de la Dirección Nacional de Salud Mental y Adicciones. <https://www.argentina.gob.ar/salud/mental-y-adicciones/consejo-consultivo-honorario>.
- El Hogar de Cristo convocado por el Vaticano para participar exponiendo en el “Encuentro de Economía de Francisco”.
- Con la Secretaria de Niñez, Adolescencia y Familia (SeNAF) se firma un convenio para el financiamiento de 12 Centros de Primera infancia a desarrollarse en distintos Centros Barriales de la Familia Grande del Hogar de Cristo.

- El Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación y la Federación de Centros Barriales Familia Grande Hogar de Cristo firman un convenio de colaboración que apunta a brindar asistencia a las personas egresadas del sistema penitenciario federal, y garantizar su efectiva inclusión social, familiar y comunitaria. “Casa libertad”.
- La OPS reconoce el trabajo del Hospitalito (OPS - Historia Destacada “Casa Masantonio: un espacio de contención y tratamiento de la tuberculosis en Argentina”).
- El INAES reconoce la importancia de la Cooperativa Social como forma jurídica siendo AUPA (Cooperativa de Trabajo de Acompañantes de Usuarios de *Paco*), San José y A USP (Cooperativa de Trabajo de Acompañantes de Usuarios de Sustancias Psicoactivas). Cooperativas integrantes de la Federación de Centros Barriales Familia Grande Hogar de Cristo y propulsoras del reconocimiento.
- Proyecto “Colectiva Joven”: Convenio de la FGHC con FLACSO Argentina, financiado por IDRC (centro de investigaciones canadiense) para relevar las estrategias de obtención de ingresos de los jóvenes vulnerables y apoyar los proyectos / emprendimientos productivos.
- El Padre Charly Olivero, Secretario de la Federación del Hogar de Cristo, es convocado para exponer en la “Conferencia Internacional de Drogas y Adicciones” realizada en el Vaticano y es invitado por la Sedronar a compartir el trabajo de las CAACs en la Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas (CICAD).



Glosario

- **Centro Barrial (CB)**

Espacio físico comunitario en el que es posible recibir y acompañar la vida de personas vulnerables, ubicado en los barrios o su periferia, que abre sus puertas varios días a la semana, desde la mañana a la tarde, y que ofrece un espacio de escucha, de encuentro, de comprensión y de acompañamiento de la vida, en el que participan profesionales, voluntarios, y miembros de la propia comunidad. El CB espera a las personas, pero también las busca y sale al encuentro para invitarlas a formar parte del Centro. Se comparten alimentos, se realizan diversas actividades, se distribuyen tareas y responsabilidades y, lo que es más importante, se generan vínculos personales que perduran a lo largo del tiempo. Alrededor del mismo, y a veces de manera conjunta con otros Centros, se organizan diversas propuestas que forman parte del acompañamiento tales como granjas y casas amigables.

- **Granjas**

Tipo 1: Espacios de internación trimestral para personas que han iniciado su camino en algún CB. Durante el primer mes viven en la granja -jueves a lunes- y después del segundo mes, comienzan a visitar sus hogares y centros barriales, una vez por semana. Posteriormente, continúan su camino en los centros barriales u Hogar de medio camino.

Tipo 2: Dispositivo de viviendas comunitarias para mujeres y sus hijos, ubicado en zona rural. Allí no hay tiempos estipulados, sino que viven en la granja hasta tanto logren constituir un hogar, ya sea en el barrio de donde llegaron o en alguna otra zona familiar. Se trabaja el vínculo con sus hijos y la educación materno – filial.

Tipo 3: Espacios de internación temporales, alejados o separados de los Centros Barriales y de las zonas de consumo para las personas que han iniciado su camino o su proceso de mejoramiento general y necesitan retirarse un tiempo, focalizarse en su problemática, y adquirir, a través de un trabajo comunitario, nuevas herramientas que le permitan conocerse, mejorar el vínculo con los demás y con Dios, para luego regresar a cada CB y continuar con su “Plan de Vida”. Durante este proceso se sigue manteniendo contacto con los referentes del CB que continúan el acompañamiento de cada persona (en el antes, el durante y el después de esta experiencia).

- **Hogar de Mujeres y Niños**

Destinado a mujeres y sus hijas/os donde conviven durante un tiempo hasta poder construir un hogar propio. Son acompañadas/os por el CB del que depende el hogar.

- **Casa de Niñas y Niños**

Hogar pensado para los niños y niñas menores de edad que, por alguna razón, no pueden vivir bajo el cuidado de un adulto responsable. En este hogar conviven niños y niñas cuyos padres son acompañados por algún CB de la Familia Grande del Hogar de Cristo.

- **Casa de acompañamiento a personas que estuvieron privadas de su libertad**

Espacios para recibir, albergar, acompañar, capacitar e incluir paulatinamente en el tejido social, a las personas de los Centros que, habiendo cumplido sus condenas, salen en libertad y no tienen un contexto favorable para reinsertarse y desarrollarse de forma integral.

- **Hospitalito**

Espacio ubicado en la periferia del barrio cuya función es la de acompañar a personas que padecen enfermedades severas y están en situación de consumo problemático. Se brinda atención médica especializada, entre otras, en enfermedades infecto-contagiosas, habituales en esta población de consumo problemático y situación de calle.

- **Carpa Solidaria**

Espacio de primer acercamiento a la familia grande, ubicado generalmente en la proximidad inmediata a las zonas habituales de consumo. Brinda escucha atenta y algún alimento o bebida; a través de la confianza que va generando, acerca a las personas al CB para que comience un camino que será único e individual.

- **Centro de Bajo Umbral**

Centros barriales ubicados dentro del barrio, que aloja a las personas que aún no quieren dar “un paso más” en su camino de recuperación. Son centros que salen a la búsqueda de las personas en situación de calle o ranchadas y/o que están en pleno consumo. Primerean en el acercamiento, brindando escucha y alimentos (callejeada).

- **Refugio Nocturno**

Espacios de convivencia comunitarios en los que es posible resolver la necesidad de descanso nocturno y en los que se adquieren pautas mínimas de orden, responsabilidad y convivencia.

- **Hogar de bajo Umbral y/o de medio camino**

Hogar donde conviven las personas de distintos centros barriales. Funciona como primera instancia en la que se adquieren pautas de convivencia y se aprende a vivir de manera ordenada y en comunidad. Durante el día las personas concurren a los distintos Centros Barriales para que acompañen su vida (cuidado de la salud, DNI, manejo del dinero, empleo, etc.).

- **Casita Amigable**

Casas que conforman un hogar en los que conviven grupos de personas que pertenecen a uno o varios Centros Barriales o grupos familiares, hasta tanto logren obtener un espacio permanente de vivienda. Estos grupos o familias se encargan de los gastos generales de la casa y del mantenimiento de la misma. Son acompañados por uno o más referentes del CB del que dependen. Pueden estar localizados en espacios urbanos o rurales.

- **Casa de acompañamiento a personas de la población LGTB**

Espacios para recibir, albergar, acompañar, capacitar e incluir en el tejido social a las personas de los distintos CB para reinsertarse y desarrollarse integralmente.

- **Noche de la Caridad**

Un grupo de personas, generalmente de un mismo CB, caminan el barrio una o más veces por semana, durante la noche, ofreciendo un plato de comida caliente y un abrazo contenedor. Se busca al otro en su lugar de referencia, brindando escucha y alimento a aquellos que están en situación de consumo y calle; junto al abrazo y la confianza que se construye, se los invita a acercarse al CB cercano.

Cáritas - Abordaje Pastoral y Comunitario de las Adicciones , en conjunto con Familia Grande Hogar de Cristo implementa un programa preventivo-asistencial comunitario para la reinserción social de jóvenes adictos.

Esta respuesta Eclesial – Pastoral al desafío del consumo problemático de sustancias se establece a través de una intervención centrada en los Centros Barriales, que son espacios accesibles en donde se procura generar un ambiente de inclusión para jóvenes en riesgo y en situación de uso de drogas. Actualmente acompaña el desarrollo, sostén y formación de 200 espacios con la estrategia de los Centros Barriales en todo el país. Éstos operan en red, alineados en su modo de concebir, compartir, pensar y repensar las problemáticas de la intervención, dándole mayor posibilidad de impacto al Programa.

CAF, banco de desarrollo de América Latina, se crea en 1970 y está conformado por 19 países—17 de América Latina y el Caribe, España y Portugal— y 14 bancos privados de la región. Promueve un modelo de desarrollo sostenible, mediante operaciones de crédito, recursos no reembolsables y apoyo en la estructuración técnica y financiera de proyectos de los sectores público y privado de América Latina. La Dirección de Innovación Social se comporta como un laboratorio que contribuye con el impulso a nuevas tendencias de cambio y a la construcción de ecosistemas de innovación social, al tiempo de ensayar ideas y modelos en el territorio con el potencial de convertirse en soluciones útiles a problemas sociales de la región, en especial de colectivos vulnerables.

